

33 170 (A2)

R696

EJ-3

MFN=13587

"El Rostro del Enigma"

"Missa Salisburguensis"

"Ana y las Golondrinas"

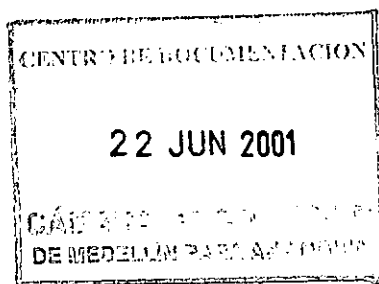
"Cuando Tallan los Recuerdos"

"Maestros de la Realidad"

"Salón Jupiter"

"Difracción"

"Welcome To Mothers World"



1087 (CCM)

CUENTO GANADOR

"El Rostro del Enigma"

José Rodríguez Walteros

"Missa Salisburguensis"

Philip Potdevin Segura A.

"Ana y las Golondrinas"

Edgar Hernando Correa Fajardo

"Cuando Tallan los Recuerdos"

Oscar Ramiro López Castaño

"Maestros de la Realidad"

Sergio Albeiro Vieira Londoño

"Salón Jupiter"

Julio Alberto Paredes Castro

"Difracción"

Angel Galeano H.

"Welcome To Mothers World"

Jaime García Pulido

"Colección CCM"



FUNDACION CAMARA DE COMERCIO
DE MEDELLIN PARA LA
INVESTIGACION Y LA CULTURA



- © José Rodríguez Walteros, Philip Potdevin Segura A.
Edgar Hernando Correa Fajardo, Oscar Ramiro López Castaño.
Sergio Albeiro Vieira Londoño, Julio Alberto Paredes Castro.
Angel Galeano H., Jaime García Pulido
- © Fundación Cámara de Comercio de Medellín para la Investigación
y la Cultura.

Primera Edición: Diciembre de 1994
Diseño de Carátula: Saúl Álvarez Lara
Impresión: Drupa Editores

Rodríguez Walteros, José Manuel

El rostro del enigma y otros cuentos / José Manuel Rodríguez Walteros.

1ª. ed.

Medellín: Fundación Cámara de Comercio de Medellín para la Investigación
y la Cultura, 1994. 157 p.

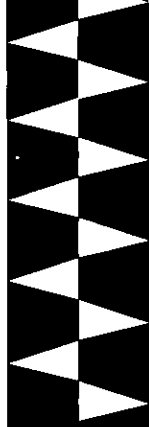
Selección de cuentos ganadores del Segundo Concurso Literario Cámara
de Comercio de Medellín, 1994.

ISBN 958-9221-12-2

1. CUENTOS COLOMBIANOS. I. Título

Contenido

"El Rostro del Enigma"	
José Rodríguez Walteros	9
"Missa Salisburguensis"	
Philip Potdevin Segura A.	21
"Ana y las Golondrinas"	
Edgar Hernando Correa Fajardo	29
"Cuando Tallan los Recuerdos"	
Oscar Ramiro López Castaño	49
"Maestros de la Realidad"	
Sergio Albeiro Vieira Londoño	61
"Salón Jupiter"	
Julio Alberto Paredes Castro	85
"Difracción"	
Angel Galeano H.	105
"Welcome To Mothers World"	
Jaime García Pulido	119



EL ROSTRO DEL ENIGMA

Por

José Manuel Rodríguez W.

CUENTO GANADOR

José Manuel Rodríguez Walteros

Nació en Santafé de Bogotá en 1966 y reside en Los Angeles, Estados Unidos, desde 1988.

Pertenece al Taller Hispanoamericano de Cultura de Los Angeles y forma parte del grupo literario La Luciérnaga.

Su obra "No mis canciones para los muchachos muertos" fue ganadora en la categoría de cuento en el concurso literario Letras de Oro de 1993.

Ha obtenido primeras y segundas menciones en concursos de cuento de Colombia, Argentina, Venezuela, España, México, Francia y los Estados Unidos.

Es difícil para mí hablar de ti sin recordar esas altas ventanas de los lunes, tu rostro retorcido, de pez, se dibujaba nítido atrás de las cortinas, triste, alegre, asombrado, veías pasar a tus pies los ríos de sangre soñando con algún día navegarlos sin dolor alguno, también admirabas los traseros, las facciones bellas, jugueteabas largamente con tu pene de niño imaginando la entrega de esos cuerpos en la penumbra de tu soledad, y siempre el miedo a que mamá abriera la puerta de la sala y me sorprendiera tirado en el piso con los ojos en blanco, ahogado en la propia espuma de mi orgasmo, y así pasó tu niñez al eco de una música que no conseguía saciar tu sed, querías hablar sin parar, comunicarte, escuchar, acariciar la esencia de todos los habitantes del planeta, que entonces se reducían a los míseros gatos con botas de tu barrio, además estaba la familia de mi madre, mis primos que de tarde en tarde anclaban frente a mí, se reían, intentaban vanamente quebrar mis ímpetus y se iban llamándome payaso, y también estaba mi abuela, sus largas trenzas, su piel opaca, estaba ella con sus manos huesudas, deshechas de ganarse el pan, con sus íntimos deseos nunca satisfechos de descifrar el extraño idioma de los signos, tuve que contentarme con leer los rostros, solía decirme, solía hablarme de lejanas tardes de guerra civil, de un hombre hermoso, no como tú o como yo, que emigró, por una razón aún desconocida, hacia los barrios del hambre y que la enamoró enseñándole por unos momentos el velado rostro

de la alegría, y me contabas de las inacabables historias que tu abuela deshilaba para ti en los días de fiebre, ella te hablaba de los fantasmas ojos de fuego que antes pululaban por el Enigma, escuchabas el entrecocar de las cadenas, los gritos lastimeros de los condenados, divisabas el resplandor tenue y milenario de las almas atrapadas en la cima de Monserrate, si alargabas los oídos, en ciertas noches de agosto, podías aún escuchar el restallar de los látigos sobre las espaldas de los penitentes, podías saborear su miedo, asustarte con los ladridos voraces de los verdugos de dios, y tu abuela a veces lloraba en silencio, en la seguridad de la cocina, lejos de tu padre, le gustaba peinar tus largos cabellos negros, no permitiré que sufras nunca, te decía, te cantaba añejas canciones de amor y de odio, de mujeres abandonadas y de hombres caballos leones tigres zorros que se iban a conquistar la tierra, más allá del Enigma, más allá de las cordilleras conocidas, pero que nunca regresaban, y se llamaban Juan y Miguel y Pedro, y eran como tú, decía tu abuela, y cantaba en el duermevela de las dos de la mañana, y aún seguía cantando después de muerta, metida entre la caja, ausente, y tú seguías escuchando su susurro, sin llorar, sin extrañarla, y esa noche me asomé a la ventana y busqué torpemente las luces de las que ella hablaba sobre Monserrate sin hallarlas, las montañas dormitaban a lo lejos su abulia sin cuidarse de mí, y las personas roncaban y se hacían el amor, y las jaurías del Enigma asolaban las calles como todos los días sin pensar en mi abuela muerta, esa noche me sorprendió allí el día pensando tonterías, contando las ventanas, los autos, los aullidos, los pájaros del sueño, esa noche me llené de agua sucia por dentro, ahogué mis primeros fantasmas, me hice un hombre como Juan o Pedro o Miguel, y vino luego el silencio, el amor, las tardes de ruido y de cigarrillos atorados en la esquina del deseo compartido, tus amigos fueron hacia la noche robándole sus cuchillos y sus habitantes vampiros enemigos del sol en la frente, ellos te aceptaron en

segundos, no les importó tu incesante y disparatada plática, tampoco les importó tu continua averiguación, tus preguntas, tu anhelo insatisfecho de pertenecer a este lugar, amabas el desenfado de sus horas, la euforia in crescendo de sus desahogos, aprendiste gota a gota a disfrutar con tus alaridos de poseso, recorriste las calles del Enigma sembrándolas de carteras rotas, de botellas vacías, de mujeres ensangrentadas en tu risa, a plena conciencia te dejaste vestir de hazmerreír, para nadie era un secreto tu extrema cobardía, el odioso pavor que le tenías a la cárcel, a los sótanos, a los cadáveres inservibles y estorbosos, amabas el sinuoso transitar, cuerpo al hombro, que te llevaba al río del tiempo a dejar caer el fardo de la noche en sus aguas insondables, desde el Puente de los Suicidas, con el Enigma a tus espaldas, levantabas el cadáver y lo dejabas caer gozando con el salpicar de sus aguas puras, y entonces corrías a refugiarte con los moradores de la noche en los bajos del edificio de lo que alguna vez fue el Hotel Real o algunas veces te escapabas solo a tu casa a contar y recontar las monedas de tu botín sagrado, más por falta de sueño que por convicción, en esas noches te asomabas a la ventana pero no lograbas vislumbrar nada nuevo, las mismas casas deshechas, los mismos esqueletos de hierro y cemento que de una vez por todas me negaron la vista de Monserrate, la salida del sol. La oscuridad de los callejones y de los subterráneos y de los puentes ya no me atemorizaba, ya no tenía secretos para mí, las antiguas jaurías de perros y de gigantes de botas y de fuego en las manos habían perdido para mí toda la fantasía, los gritos y el suave deslizarse de los puñales de la medianoche eran para mí cosa cotidiana, el hilo de la muerte, eran superfluos como la lluvia, los gritos de pavor de las mujeres del trabajo y de los antiguos padres esclavos del domingo y de los hijos de sus hijos de sus hijos ya me dejaban impávido, tan sólo estiraba mis manos en un gesto suicida arrancándoles la careta que los cubría y luego sacaba de sus bolsillos el

inservible oro que más tarde habría de dilapidar comprando nubes y alcoholes y cinco minutos de abrazos cansados y de vapores de una entrega que más bien semejaba un sumergirme en la laguna de los excrementos del enigma, y eso lo hacía a gusto, intentando apagar en mí la llama del deseo, acallando los constantes nos de mi padre de mi madre de todos los malditos habitantes del Enigma, pero así, con la misma rauda vehemencia que empezó llegó a su fin tu tiempo de esquina, de noche a pulmón abierto, algunas veces me hablaste de tu encuentro con Barba Azul, de sus espasmos, de su tos, y de sus cataratas de mariposas rojas, de la perenne aureola de profeta de los subterráneos que los acompañaba, gran juez y ordenador del hampa del Enigma vivía Barba Azul como un ermitaño por allá en un escondido del Acueducto viejo, donde apenas se atrevían a llegar los lobos y las serpientes y las mujeres de piel desprendida y los niños mendigadores y las ratas del Enigma, y a sus dominios llegaste tú cansado de huir, harto de correr como un ciervo asustado de la policía, y Barba Azul me recibió solidario, condescendiente y dejó que yo le hablara de mis largos años de ahogo entre mi cama, de los espasmos de la fiebre y de mis manos siempre apretadas, mi casa era un inmenso campo de batalla, le dije, le conté de la lucha de la sobrevivencia y de las espaldas agrietadas y curvas de mi padre, de mi necesidad de acción, de los sentimientos encontrados que producían en mí los torrentes de sangre y los gritos y los embates voluptuosos de mis primeras víctimas, además le conté de la música y de mi abuela y de mi prima Cedra, de su cuerpo de niña y de mis primeros contactos y de mis primeros besos, y Barba Azul sonreía ante mí como un gran padre celestial que lo sabe todo y palmeó mi espalda, y yo por un momento le pedí que siempre protegiera mis pasos, que nunca me dejara sufrir, y Barba Azul me habló a su vez de su soledad sin sosiego, del carácter sagrado de su sino, del cada vez más angustioso peso que el Enigma

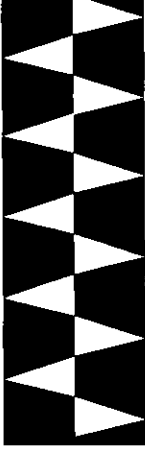
cargaba sobre su figura endeble, sobre sus huesos machacados, sobre sus ojos ya casi ennegrecidos debido a la tortura, a los años de encierro en el Reclusorio Norte, me habló de su lenta pero segura ascensión a la cima del hampa, de los agitados años de la debacle social, del ondulante acariciar que produce la punta acerada de las botas en tu espina dorsal, del hambre y de las nubes de sueños que por un instante te convertían en un hombre libre, en un pájaro, en un hermoso morador de los espacios vírgenes, eso me dijo Barba Azul, dulce, como un pastor, como un viejo perro protector, dejó que yo me apretara un poco a sus espasmos de cosa muerta, permitió que yo me alejara sin darle nada a cambio, y allí lo dejé, como una punta de alfiler, de una nostalgia que ya se adivinaba en el tiempo como un barco gigante que aparece entre los marasmos de la historia para hacerte soñar por un momento, y luego de una corta estadía en casa de tus tíos regresaste a tu casa, ya sin el interrogante de la sangre, enmudaste los tambores de tu ancestro sin que tu rostro denotara nada, tus padres se esforzaron en teñir de arco iris las cuatro paredes de tu cuarto, invirtieron el orden sacro de tus apellidos y simularon no haber escuchado fuera el explotar de tus acciones, y tú, rendido de retuécanos de esquina, disfrutaste algunos meses el paraíso de tu hogar, hablaste de regresar a la escuela, de ser un buen muchacho, de bajar la cabeza, de inundar de plegarias y de hombres pájaros y de milagros los cielos de tu vida, despacio, descorraste lentamente el velo que cubría el hermoso rostro de tu madre, opuesto al tuyo, compartiste con ella el arroyo siempre caudaloso de su seno, te pareció fácil decir te quiero, sentirlo, conociste sus más recónditos niveles, hoy ella te hablaba de una mamá mujer que también había sentido miedo, que también jugaba a inventar fantasmas sobre los roperos, que también había sentido crecer la hierba dentro de su corazón, que también había sentido el impulso de aniquilar de incendiar de borrar de la historia a

la ciudad del Enigma, y te acercaste a ella, a sus arrugas, a sus pasos gastados, jugaste por un momento a enamorarte de esa niña que día a día te entretejía el odio y el amor, y luego pensé en tí, me decía mamá, y te sentía crecer en mi vientre y las palabras poco a poco se solidificaron en mi boca, y me hablaba mi madre de la tensa espera y de los años por venir, y de la entonces estrepitosa realidad del Enigma, mañana tarde y noche vivíamos a la espera del golpe final, de los pasos, del eco de los pasos frente a mi puerta, de los gritos en la casa de al lado, y luego venía el silencio, los miedos congénitos, el reproche mudo que yo le hacía a tu padre por no saber construir un muro que nos salvaguardara de la realidad, y aprendí entonces a contar los segundos, conversé largamente contigo y en silencio, centímetro a centímetro te sentí crecer dentro de mí, me acostumbré a la figura impotente de tu padre atisbando por entre las rendijas, temblando, pidiéndole salvación a una estrella, a una telaraña en el cielo raso, pero entonces naciste tú y el Enigma retomó su curso, poco a poco, siempre en silencio, aprendimos a descifrar las ordenes de nuestros poderosos, mudamos nuestros rostros, ahogamos las expresiones, las carcajadas, los anhelos de ser sol o ser ardilla, y te sentí crecer, disfruté con tus primeros pasos, y morí un poco cada día contigo, en el Enigma, en la colcha extendida de retazos que éramos nosotros, los sobrevivientes, y evitas, como siempre, extenderte al hablar de tu madre, no quieres disculpar la pasividad, entonces imperante, que llevó a los habitantes del Enigma a ahogar sus palabras, hablas sin parar de lo que tú hubieses hecho, hablas de la continua rebelión que te posee, mitad héroe mitad borracho, una vez más te colocas tu máscara de dios, insultas, pateas, denigras de este tiempo presuroso y mudo que te tocó vivir, cansado de fingir ante mí te tiras en la cama, todo es una gran farsa, me dices, me hablas de tu peregrinar por las tierras altas y negras del norte, entonces dejé sola a mi madre con sus hijos y con los hijos de sus hijos y

fastidiado de este continuo aire quieto y de las lluviosas y frías y desoladas tardes de domingo abandoné mi casa, me interné por entre los trabajadores de la prisa inmersas hormigas del trabajo forjadores de un Enigma nuevo cara al sol me interné por entre las nuevas madres de cánticos soñadores ansiosas de teñir de luces las cimas vulneradas de Monserrate me interné por entre los nuevos dioses del Enigma y arrullado por el tintineo cadencioso de sus monedas de oro al margen de sus recién nacidos códigos del honor trepé como una tarántula, como una cascabel, y desde la cima de Monserrate le dije adiós al Enigma que dormitaba atrás de mi como un viejo borracho y dejé que un nuevo sol inundara mis ojos bañara mis carnes acariciara mi sexo y caminé conmigo días y noches al arrullo de las estrellas fugaces y descendí y ascendí y tropecé con hombres de otras pieles de otras tardes y de nuevo, sin sorpresa y sin asco, descubrí la esencia del Enigma en las sonrisas en las tabernas repletas de marineros o en las atestadas salas y maldije las sonrisas que el mármol había perdurado y de nuevo caí entre el lodo de un deseo que no podía aplacar, como disfrutando de un veneno que te consume lento, y me embriagué de voces en algunas ciudades, y por algún momento, quizá en la ciudad blanca que da al mar de fuego, me miré entre sorprendido y huraño en los ojos de una mujer que se llamaba Olga y la abracé y el amor llenó mi estómago de uñas desgarrantes y parí nuevos suelos y nuevas canciones hasta que de nuevo el amanecer me obligó a vomitar agarrado a un poste frente al mar de fuego, Olga me habló de la belleza de la ciudad Blanca y me habló de la belleza de los marineros cuando se marchan y me habló de la belleza del sol y de la belleza de algún recuerdo y de la belleza de los astros sobre nuestros cuerpos desnudos en la playa y de la belleza de un enamorado suyo que la había desdeñado y yo el opaco por un momento me sentí bello hasta que ella pegada a mí sus senos sus caderas que se

endurecían al sentir el agua helada del mar de fuego me habló de la belleza de la muerte y de la belleza de las lágrimas y de la belleza de una mujer que no puede atrapar la esencia misma de lo bello y que en cambio se confunde apagando su propio belleza al fundirse lava y sudor al mismo corazón de lo horrible y me habló además de la belleza de su destino, y yo, medio vacío por dentro, la dejé allí y dejé atrás todos esos futuros y pasados Enigmas y regresé al resguardo de mi hogar y con los días empecé a planear algo grande, como una pelota de oro, como los mismos huesos blanqueados y pútridos de nuestro omnipotente salvador, quise realizar algo que le diera verdadero valor a mi existencia, un acontecimiento que me hiciera inmortal, y así malgastaste miles de días en pos de una esperanza, tus padres poco a poco se alejaron de ti, te dejaron libre, olvidaron los gritos, los quejidos, las grandes humaredas que salían de tu cuarto, y las calles regresaron pronto a la normalidad ya habituadas a soportar los devaneos inocentes de un hijo del Enigma que se había atrevido a ir más allá de Monserrate, donde ya todos saben no pasa nada nuevo, y primero intenté cortar mis venas, desangrarme, inundar la ciudad con mi sangre para que todos sus habitantes reventaran como globos, pero de inmediato descubrí que tan solo iba a estropear la alfombra y nada más, el maldito sol mañana podría salir sin mí, la perra de al lado mañana seguiría ladrando rabiosamente a su luna sin cuidarse de mi funeral, la ciudad seguiría igual de muda que hoy, y pensé entonces en disfrazarme de vengador de multitudes y con una soga o con un cuchillo o con una granada volar estas calles que hoy levantan la ley del hielo contra mí, pero desistí de tamaña y equívoca empresa, no tengo la fuerza la creencia la profunda y sincera convicción del sicópata redentor, tampoco he de matar a mi madre o a mi hermano buscando trascender, sé que carezco de ese pueril sentimiento que se llama amor propio o culpa, así que sin remordimientos, aburrido y

atado, iba a pasar el resto de mis años en una celda fría por asesino, jugando a darle vueltas a mis recuerdos y nada más, eso no es lo mío, me digo, salgo a la ventana, pienso en convertirme en pájaro o piedra, no lo sé, mañana es mi cumpleaños veintisiete mañana mi abuelita va a brillar a lo lejos, me bromeo sin disfrutar mi risa fingida, cansado de inventar de darle vueltas y vueltas a las más disparatadas variantes me echo en la cama me levanto salgo a la ventana descubro los cientos de miles de habitantes iguales que desfilan ante mí como tercetos pensamientos corro choco contra la pared me miro en el espejo y descubro en mi rostro el mismo rostro de los habitantes del Enigma, opaco y feo, mudo para los siglos de los siglos.



**MISSA DE SALISBURGUENSIS
MISSA DE SALSBURGO**

Por
Philip Potdevin Segura A.

Philip Potdevin Segura A.

Nació en Cali en 1958. Es abogado y actualmente reside en Santafe de Bogotá.

Ha Publicado "Cantos de Saxo (poesía) y "Magister Ludi"(cuentos), ambos en 1994.

Ha obtenido los primeros puestos en los concursos de cuento Germán Vargas del Centro Alejo Carpentier de Bogotá en 1992; Carlos Castro Saavedra de Medellín en 1992 y en el de Prensa Nueva de Ibagué, con la modalidad de Cuento Erótico en 1992.

En 1993 fue el ganador de la Beca Colcultura para Creación Literaria con la novela "Metratrón".

En los oídos de Franz retumbaron las notas estridentes y celestiales de la *missa salisburguensis* para dieciséis partes vocales, treinticinco instrumentos, dos órganos y bajo continuo. La catarata de trompetas, cornos, oboes, trombones, timbales y los dos coros de niños a ocho voces, se disolvió en el remolino de cuerdas que prolongaba la melodía principal en busca de un lugar para el reposo, igual a como ahora sentía su cuerpo aflojarse sobre el tibio soporte de la figura de Lilián que al unísono relajaba su tensión. Ambos buscaron el oasis de la inmovilidad mientras las cincuenticuatro partes de voces e instrumentos se perdían una a una hasta quedar un sólo de violín insistiendo en la melodía, igual a uno de los últimos cuartetos para cuerdas de Beethoven, pensó Franz, quizás el quince, en que la coda se asoma con coquetería sin decidirse a mostrarse del todo, para permitir al tema principal reaparecer y así mantener al oyente con la sensación de estar en el umbral, a medio camino entre el inicio y los deletéreos compases agónicos con que se cierra. Para Franz era asomarse al vértigo, lanzarse desde lo alto de un peñasco en un salto al vacío, *qui propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de coelis* (el cual por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo), y experimentar durante el largo viaje hacia las profundidades abisales del cenote sagrado la experiencia de su larga relación con Lilián, desde cuando la vio entrar un día a su estudio, vestida con la misma blusa de franjas terracotas de la foto en la hoja de vida que había enviado para solicitar las

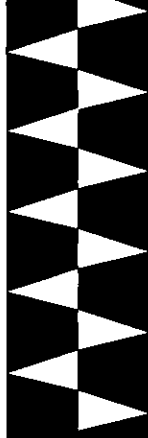
lecciones y vio en ella la niña grande que luchaba por escaparse de la gravedad asfixiante de la vida familiar que empezaba a quedarse estrecha. Lilián, la dulce muchacha de voz tímida y melodiosa que llegaba todas las mañanas temprano a las siete, *benedictus qui venit in nomine Domina* (Bendito el que viene en nombre del Señor), a inundar con su fragancia matutina los rincones del estudio de Franz y con la inocencia propia de la inexperiencia se dejaba guiar por el mando seguro del profesor, equivocándose al principio aquí y allá y Franz con paciencia y estímulo la corregía por estar seguro que podía hacer de ella una pianista de primera línea. Lilián no brindaba la posibilidad de hacer ningún tipo de comentario distinto a las lecciones y Franz siempre muy profesional, alejaba cualquier indicio de involucramiento personal, respetuoso de la ética del profesor con la alumna, pero haciendo un enorme esfuerzo, *kyrie eleison, kyrie eleison* (Señor, ten piedad; Señor, ten piedad), por lograr la concentración absoluta en el *scherzo* (espacio musical) que dejaba como tarea a Lilián y fijaba entonces los ojos en una reproducción de "La Rama Dorada" de Turner que adornaba solitario la pared detrás del piano, *et in terra pax a hominibus boane voluntatis* (y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad), mientras Lilián se inclinaba sobre el teclado, haciendo abstracción de todo el mundo circundante para lograr entender de verdad a Chopin. Durante el vértigo de la caída, pasaban de largo imágenes de su historia con la enigmática joven que lo dejaba siempre con la sensación de éxtasis incompleto, por la imposibilidad de desligar las lecciones de piano de la pasión que insuflaba el contacto de su voz, *laudamus te* (te alabamos). Le producía escalofrío imaginarse poder rozar algún día su piel contra la de ella, *adoramus te* (te adoramos), como lo podía hacer ahora que tenía a Lilián tendida junto a él, *benedicimus te* (te bendecimos), su cuerpo largo y juvenil, semicubierto por fragmentos de la sábana compartida y volvía a sentir el cosquilleo de excitación,

glorificamus te (te glorificamos), pese al reciente regreso de la cumbre de placer escalada juntos momentos atrás, cuando sus bocas se buscaron con el mismo desenfreno del montañista que lucha por colmar los pulmones con el escaso y delgado aire de las cumbres y las manos recorrieron los cuerpos en pos de territorios vírgenes, imaginados y deseados, que lentamente se descubrían a la sombra de los conquistadores que no daban crédito a sus ojos y con dificultad lograron contener el salvaje instinto animal que parecía devorarlos, *confiteor unum baptismum in remissionem peccatorum* (reconozco un solo bautismo para la remisión de los pecados), para domar el fuego primario con la ternura controlada de la caricia, el beso pausado, la humedad de labios en la piel erizada, el pliegue retraído que cede al contacto de la lengua, los rostros en llamas, el quejido silencioso y la caída que nunca llega al fin. Franz rozó el rostro dormido de Lilián con el revés de su mano, repitió el gesto hasta que ella dejó escapar un murmullo que él no pudo distinguir entre suspiro o queja. Retiró con cuidado la sábana que cubría el cuerpo para deleitarse con el fasto del paisaje, *dic nam ista pulchra ut luna, electa ut sol* (di, pues: bella como la luna, escogida como el sol), que brindaba Lilián tendida en reposo. Admiró embelesado el cabello casi rubio, desordenado sobre rostro y hombros. La espalda recta dejaba adivinar del otro lado los senos pequeños y bien formados en que se había recreado hace un rato. La curvatura de la espalda conducía a las lomas más perfectas que hubiera imaginado. Recorrió el cuerpo con su mano, rozando apenas las yemas de los dedos, acarició la pelusa minúscula de durazno que protegía la piel dorada de Lilián y se recreó después en el cuello, en los hombros y en la espalda. Llegó hasta la cintura y regresó espalda arriba a la base del cuello tratando de aprender de memoria la geografía del territorio que abría por primera vez las puertas a la pasión contenida por tanto tiempo, temiendo en silencio que esa oportunidad era única y que no podría repetirla en mucho

tiempo, tal vez jamás. Cuando encontró el vértice donde nacen las nalgas, Franz se detuvo. La mano se separó ligeramente del cuerpo y entonces continuó el recorrido pero ya no con la mano abierta, sino suspendiendo únicamente el dedo índice a dos centímetros de la piel, de tal forma que no sintiera el roce de piel contra piel. Lilián, que mantenía sus ojos cerrados tratando de recuperar la energía desbordada minutos atrás, sintió el dedo seguir en el aire el trayecto de la línea de las nalgas, adivinaba, sin necesidad de alzar su rostro y mirar hacia atrás, al dedo provocador jugar sobre la confluencia de dos mundos hasta llegar al punto donde se perdía la línea entre los muslos, anticipando la proximidad de la urna sagrada que guardaba el cristalino dije cubierto por el sereno de la mañana, *qui tollis peccata mundi* (tu que quitas los pecados del mundo) y veía, como si estuviera suspendida en la habitación por encima de la escena, el dedo de Franz desplazarse por el aire para trazar el arco invisible en un ir y venir que repetía el leve ascenso, coronaba la cima y luego rodaba lentamente cuesta abajo y justo antes de llegar al fin regresaba y trepaba de nuevo por la pendiente y Lilián no podía evitar contraer los músculos cuando adivinaba que el dedo cruzaba por encima del centro del arco para de inmediato aflojar la tensión al pasar de largo y así descubrieron después de varios ires y venires el ritmo lúdico del movimiento acompazado y perpetuo de aflojar y soltar las nalgas hasta que Lilián reparó cómo la caricia invisible, en el recorrido suspendido sobre esa capa de aire que separaba su cuerpo de la única prolongación de Franz, comenzaba a tener efectos y notó, *gloria in excelsis* (gloria en lo alto), que el rocío aumentaba como si una ligera llovizna regara el capullo que la noche anterior permanecía cerrada y sentía los pétalos comenzando a ceder, a buscar la luz del día y a beber esas gotas frescas que parecían salir del mismo aire. Lilián sintió que caía sobre un río de agua cristalina que bajaba de los Pirineos y se dejó llevar, flotando, girando en las aguas

fosforescentes del arroyuelo, anticipando allá bajo la calma oceánica y buscando por entre riscos y peñascos, en una carrera alocada, las aguas inmensas del Cantábrico que esperaban en reposo su llegada, *pleni sunt coeli et terra gloria tua* (llenos están los cielos y la tierra de tu gloria). El movimiento del dedo de Franz no se detenía y la inundación la había colocado en un estado de aguda conciencia, *exsulta filia* (alégrate, hija), tendida boca abajo, muy quieta, al descubierto espalda, nalgas y piernas, inmóvil salvo los espasmos rítmicos de las nalgas que aflojaba con cada paso del dedo por la estrella escondida. Lilián advirtió ahora el cosquilleo recorriendo su cuerpo, partiendo del punto muerto de la parábola del dedo oscilante, envolviendo la línea del pliegue, pasaba por entre los muslos adosados, explayándose en la humedad y continuaba hacia arriba, entre el apretado camino dejado por la piel de su vientre y la sábana de la cama, trepaba por las llanuras de su estómago para localizarse allá arriba en las blandas formas de dos pezones nacarados comprimidos por el peso del cuerpo, que parecían gritar desde su tibio refugio trisagios angélicos, *sanctus, sanctus, sanctus* (santo, santo, santo). El hormigueo se localizó en la base de las aureolas que coronan las formas suaves y redondas de los senos y ascendió en busca del máximo esplendor de turgencia; aquella señal erguida, orgullo de sensualidad y alcanzó la cima de las prolongaciones que de inmediato se aprestaron a corresponder a la dueña los cuidados que cada mañana les brindaba en el baño al frotarlos con una esponja suave y jabonosa. Lilián no pudo más y de un gesto súbito giró su cuerpo y se presentó en toda su belleza la imagen anversa de la diosa matutina, *quoniam tu solus Pulchra* (porque sólo tu eres hermosa), que se ofrecía a Franz; era Diana del Bosque sorprendida en el baño, invitando al cazador a acompañarla. Franz se quedó en silencio y fijó su mirada en el rostro encendido de Lilián quien sostuvo la mirada con serenidad. Una nube de pudor cayó sobre Franz, *miserere nobis* (ten

piedad de nosotros); de pronto sintió la culpabilidad de la caricia intentada, el haber traspasado los límites naturales de la gestión amorosa asomándose en los esquivos y profundos placeres de la contra natura y bajó su mirada avergonzado, pero allí estaba el vientre de Lilián, suave, invitador, decorado al final con esa nube clara y entonces Franz se rindió al culto de lo sagrado y lo profano, a la hierofanía, de la diosa descubierta *et ascendit in coelum* (y ascendió al cielo); de nuevo todo fue como al comienzo y se perdieron en un abrazo mientras se repetían los panegíricos de dos coros celestiales de niños que cantaban las estrofas del gloria: *gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam* (te damos gracias por tu inmensa gloria)...



ANA Y LAS GOLONDRINAS

Por

Edgar Hernando Correa Fajardo

**CENTRO DE DOCUMENTACION
SABARA DE COMERCIO DE DEBELLIN**

Edgar Hernando Correa Fajardo

Nació en Nobsa en 1955.

Estudio Literatura en la Universidad Javeriana y realizó un posgrado en "Etudes Romannes" en la Universidad de la Sorbona en París.

Las dos hojas de madera viva se abrieron, y al pasar el umbral, el viejo Benjamín sintió que cambiaba del estado gaseoso de los fantasmas a la figura sólida de comensal bien visto. Allí, su soledad tropezaba con la maquinaria del mediodía profundo. El restaurante se había convertido en un lento reloj cuyo péndulo era el recuerdo de Ana.

La ciudad se quedaba afuera, triturando corazones, contagiando el alma de prisas, desechos, sacrificios y saldo de tanta cosa bonita; desde afuera seguía acechando, como un río circular y ladrón que no devolvía nada a nadie.

Para el viejo Benjamín el almuerzo se había convertido en un tabique de amor propio, bien instalado entre jornadas de oficina, dándole así la espalda a la espantosa virtud que consistía en sufrir. Ante el oficio bien pago de hacer de cada día un cajón en donde guardar el tedio de años, optaba por entregarse a los mínimos placeres del paladar, a los destellos que le deparaban una que otra gota de alcohol, al recuerdo de su bella muerta y a la vergüenza de un crimen sin pasión. Con la mesa como único escudo contra el mundo, y seguro de que su destino quedaba atrás, aquel tráfuga del amor solía balancearse en el columpio de los sueños rotos.

Una vez adentro notó que se había adelantado a los demás comensales. Sonrió para sí mismo. Podía permitirse un aperitivo silencioso, con las mesas vacías como guardia de honor. El hombre que gobernaba las mesas del fondo reparó

en el cliente desde que éste hizo su entrada. Con una mano le indicó el camino mientras repasaba la posición de su corbatín con la otra. El cliente aceptó la invitación con un movimiento de cabeza que le sirvió de saludo y avanzó hasta la mesa puesta contra la pared cubierta de espejos. Más tarde, cuando el mesero volvió de colgar el impermeable, el viejo Benjamín ya estaba sentado cómodamente dando la espalda a los espejos llenos del lugar. Le molestaba ese detalle de mal gusto en la decoración. Los espejos eran un vicio difícil de ejercer para él. Había quienes podían revolcarse en ellos sin vergüenza alguna. Pero no él. Le repugnaba el aire de desgracia que reflejaba su condición de víctima de sí mismo.

El mesero retiró un par de cubiertos de la mesa asegurándole así que no correría el peligro de ser interrumpido por espontáneos. Luego, lo sorprendió con una mirada más profesional en la que se combinaban la amabilidad muda del principio y una porción de alegría repentina que le otorgaba la responsabilidad de ser el primer cliente, en cuyas espaldas iba a reposar, en términos de suerte, la buena o mala venta del día. Pasaron unos segundos antes de que el viejo Benjamín se decidiera:

-¡Un whisky on the rocks!- dijo pomposamente.

Algo le molestaba en aquel tipo. Sabía que sólo se necesitaba un dejo de confianza para que éste se creyera con derecho a hacer comentarios estúpidos acerca del tiempo o preguntas suplementarias sobre la señora y los hijos. Además pensó, éste es pelirrojo, y alguien le había dicho que Judas también lo era, por eso los pelirrojos olían a diablo.

Sonrió ante esta idea, y sintiéndose a sus anchas, dejó errar los ojos por el lugar, y hasta golpeó la mesa con los dedos para probar el silencio a su alrededor. Lo acogió un sentimiento de posesión cuando pensó que de ordinario

aquel lugar estaba lleno de ruido ajeno. Miró más allá y vio la figura del patrón formando un solo cuerpo con la máquina registradora. Detrás de éste refulgía el estante: los racimos de copas y la variedad de botellas llenas de imaginación y de instantes únicos lo convertían en un joyero que alegraba la vista.

Tomó la carta del menú, pero enseguida la dejó a un lado. No tenía prisa. Respiró profundo. El ambiente permanecía limpio, nadie fumaba aún, olía a reposo, a servilletas de hilo y a flores de verdad.

El pedido llegó. El viejo Benjamín tomó el vaso y lo sacudió para provocar la salida del aroma que inmediatamente se le enquistó en la nariz, golpeando como un badajo, las campanas nasales, para anunciar al resto del cuerpo, la entrada de algo más fuerte que él. Bebió una buena cantidad.

El licor le mordió la lengua primero y luego le lamió la garganta antes de dejarse caer en el estómago vacío para ir a buscar los escondrijos del apetito. Sus hinchadas piernas de candidato inválido se estremecieron con un temblor de mujer enamorada que siente llegar la sustancia que le robará la inocencia. Cerró los ojos para ver un chispazo y luego los abrió para echar un vistazo a la luz que entraba por las ventanas que daban a la calle. El día había cambiado. El alcohol lo tiraba hacia el recuerdo de una tarde lejana en la que entreveía un cuadro familiar y alguien que sonreía a través de un velo de años. Justo cuando estaba a punto de encontrar las facciones de Ana lo distrajo una pareja que hacía su entrada. Un hombre cuyo cuerpo estaba torcido hasta el punto de formar un ángulo recto era conducido por una mujer vestida de negro que se agachaba a cada momento para decirle algo en el oído del condenado a ver sólo el piso.

Los dos arrastraban los pies como si estuvieran siendo chupados por la tierra. El viejo Benjamín observó aquel esbozo de cadáver hasta que lo acomodaron en una mesa cercana al bar. Procuraba no pensar en la vejez y en la fealdad. Pero dada su escasa simpatía por los seres humanos y temiendo caer en el asco por sí mismo, pensaba con los ojos puestos en la luz que palpitaba en las ventanas que llegado a tal situación se pegaría un tiro.

No hacía mucho tiempo que frecuentaba este sitio al que llegó huyendo del restaurante habitual en donde se había hartado de oír masticar a tanta gente que había cometido el mal gusto de seguir la misma carrera que él y sobretodo el disparate de haber hecho de ella un destino. Es cierto que tenía que pagar un poco más de lo acostumbrado, y que para ser restaurante se anunciaba con un nombre muy curioso, "El Autobús", pero había valido la pena. Desde el primer día gozó de un estatus más cómodo: era un anónimo respetable, a lo cual contribuía su edad, el porte silencioso de su vestido eternamente negro, el cabello blanco milagrosamente abundante y una que otra propina espontánea.

Bebía el resto de Whisky cuando el pelirrojo pasó frente a él conduciendo a tres mujeres gordas de rostro aniñado que no paraban de reír. Desde la muerte de su Ana las mujeres comenzaron a ser para él la presencia de lo imposible, el frágil contrario de una vida de calma, la materialización de su culpa de viudo. Se sintió incómodo y amenazado ya que las tres gordas ocuparon una mesa cercana a la suya. Para contrarrestar la molestia levantó el vaso para indicarle al mesero que le trajera otro trago.

Nacido en una cuna de militares medianamente ilustres y de corazón vencido, el viejo Benjamín fue silencioso y

solemne desde niño. De los impulsos de sus antepasados ninguno halló eco en él para forjar un aventurero. Nació con la curiosidad atrofiada. No obstante, el único reflejo de la vieja fuerza familiar que caló en su espíritu, fue suficiente para renunciar a la carrera de oficial que se le venía encima. No hubiera soportado tener hermanos de armas, como no soportó tener amigos machos. Fue otra cosa. Fue contador titulado, de vejez sospechosa, casado con una bella mujer mucho más joven que él, cuya vida pronto arruinó. Su relación con la iglesia se iniciaba con el tañido de las campanas y terminaba con el sonido de las monedas que dejaba caer en el plato de la limosna.

Cada misa y cada sermón eran como una rifa de culpas a la que había asistido desde niño sin ganar una sola, hasta que logró la muerte de Ana. Como marido fue respetuoso hasta la castidad, nunca llegó tarde a casa y habría sido un buen padre sino se lo hubiera impedido su indiferencia por los niños y por la juventud y la certeza de que el amor, que había hecho sufrir tanto a Dios, era algo sucio.

Los clientes abordaban el restaurante, la puerta giraba dejando pasar los impulsos del día. Una señora entró con dos jovencitas, venían cargadas de paquetes y reían. Nadie podía saber que la madre solía contarles algo gracioso siempre que estaban a punto de entrar a un lugar público para causar buena impresión. Esta vez, aunque había olvidado hacerlo, las niñas sonrieron de igual manera. La madre se contentó discretamente al comprobar que el reflejo estaba adquirido.

El viejo Benjamín las observó buscando sin lograr disfrutar de aquella belleza, luego se fijó en dos cuerpos enormes con cráneos lisos que parecían ser jefes de oficina hasta que éstos se instalaron cerca a la pareja de la joroba. Las risas de las

muchachas recogieron la atención de la sala, hubo cuidadosos movimientos de cabeza y de cabellos remilgados. Como si alguien hubiera tocado un timbre, la coquetería se anunciaba en el comedor.

El rostro del viejo Benjamín enrojecía a menudo, contrastando con sus ojos sombríos bordados en la parte de abajo con dos encajes grises que se inflaban en los momentos de tensión tomando el aspecto de dos racimos de uvas. No usaba bigote y el mentón a lo griego tenía pegado en el centro un botón muy viril que soportaba las miradas. De cada extremo de la boca salía una línea oblicua, por estas dos pendientes se le caía la risa.

Enseguida de que el mesero dejó el pedido, el viejo Benjamín empujó un buen trago y se movió para estirar las piernas y acomodarse mejor en su cuerpo. Eructó sin querer. Luego carraspeó para disimular, como un abnegado hijo de su propia urbanidad.

Esta vez el licor lo condujo por el borde de una escalera en donde el corazón latía rápidamente. Volvía el incansable recuerdo de Ana, su sonrisa húmeda pidiendo amor y esa luz rubia en su piel, como polvo de estrellas, Ana, la amada, advertida sólo por su ausencia. Estaban en el cumpleaños de ella, veintidós años; un día único si tenía en cuenta el baile y las caricias voluntarias a las que llegó. La última tormenta. Casi podía oír la voz de su mujer dándole vueltas en el oído. ¡Hazme vivir Benjamín! ¡hazme vivir! y sus brazos atrayéndola, obsequiosos, contra su pecho, para calmarla y calmarse él mismo de su propia impotencia. Luego ella se había ido. Los médicos dictaminaron un aneurisma, pero él sabía que ella había muerto de aburrimiento, él le había robado su oficio de madre, la posibilidad de destruir su belleza con los malos partos y el

sueño embriagador de sufrir por unos hijos que sólo ella amaría. Ella había muerto de la vergüenza de amar la ceguera humana representada por él. Lo había dejado solo, perdido en la epidermis de su carácter inflexible, pero en los muros de su insípida serenidad. Desde que Ana se fue, su expectativa, sus pensamientos, no habían hecho más que ir hacia atrás, buscando el tesoro en los días muertos, lanzándose en la pena como en una fuente milagrosa de donde salir con vida. Ahora que tenía sesenta y cinco años le agradecía a la muerte el que hubiera pisoteado su existencia, para acercarlo al hedor de su propia alma, porque si el calor de la vida de su Ana se había apagado por la vergüenza de amar a un muerto, ahora que él amaba a su muerta ya nada parecía interponerse entre ellos, sus desgracias estaban niveladas.

A los cuarenta y cinco años hubiera sido fácil ganarse una dudosa reputación con graves consecuencias para su carrera. Ella era bella, incapaz de hacerlo sufrir y él sólo quería seguir viviendo en paz, sin que el amor interviniera para nada; sin embargo, aún no lograba entender cómo había pasado por alto su extravagante juventud, sus pálidos veinte años enfermos de sueños.

La familia de Ana vio en don Benjamín a alguien respetable y con tradición, cuyo gran capital, además de una carrera avanzada, era la estabilidad, el carácter, que aquella frágil niña no podía poseer por sí sola. El la protegería, él la haría respetar de la vida.

Ana, por su parte, veía a aquel señor con ojos no del todo indiferentes; sus cabellos grises eran la forma externa de la sabiduría capaz de redimir el pecado de ser la última de siete hermanas. Cuando él pasaba frente a su casa algo se disolvía

en su sangre al ver el cuerpo largo y sólidamente elegante de don Benjamín. No obstante, era debajo de las cobijas, a la hora de pensar en el futuro, en donde respondía a la insinuación de sus padres, ¿por qué no? Por otro lado existía el pavor de continuar sometida a la pobreza de su familia. La consolaba una frase leída en una fotonovela, la de que sólo se amaba después de estar casada. Aquel hombre bien podría ser la mano que modelaría para ella el sublime refugio. Ya podré amarlo, se había dicho en un tono aventurero y se había dejado casar.

Al principio lo amó por curiosidad y porque el deber conyugal la ocupaba, luego, cuando concluyó que aquello no era un juego, lo amó para taponarle la boca a algunas de sus amigas que la creían desgraciada. Dos años después, cuando toda ilusión parecía muerta en ella, seguía amándolo como una loca, ya sin saber por qué.

El viejo Benjamín quiso beber otro sorbo de whisky pero el vaso estaba vacío. Podía seguir así, dejando que el roce del alcohol y la pena trazaran figuras inciertas, o detenerse en el presente restaurador del almuerzo. Tomó la carta del menú y comenzó a leer con el paladar atento, buscando el plato del día.

Unos momentos más tarde volvía el mesero con una canastilla de pan, una garrafa de agua y la ensalada que le habían pedido. Cuando éste se retiraba, el viejo Benjamín le rogó que no se olvidara del vino, ¡media botella!, repitió, y enseguida carraspeó un tris ruborizado, seguro de haber levantado la voz sin necesidad.

El mediodía entraba y salía del restaurante. Una corriente de aire trajo a tres jóvenes de corbata que se sentaron cerca a la mesa del viejo Benjamín cortándole un poco el horizonte de las ventanas, después vino un negro vestido de negro con

unos lentes sobre la cabeza algo canosa, sin dudarle, con su aire desenvuelto de negro rico fue a sentarse, como si el lugar le perteneciera, en una de las mesas amparadas por el sol.

Por un momento el viejo Benjamín se irritó con la posibilidad de que a alguien le diera por ocupar el otro puesto de su mesa. Para evitar la tentación estiró el pie y atrajo la silla tratando de cubrirla con el mantel. Comía con parsimonia hasta cuando el vino por fin cayó en la copa, entonces se detuvo. Durante unos instantes contempló el vientre de vidrio que rebosante y sanguíneo se ofrecía a su boca. Se llevó la copa a los labios y bebió un poco cerrando los ojos, invadido por una sensualidad de tono nostálgico, convencido de que sólo el vino podía transformar las virtudes y los defectos de las almas.

Enseguida puso la copa al frente, en el otro puesto de la mesa, pensando en que si Ana viviera estaría ahí. Recordaba esa costumbre tan infantil que tanto lo había contrariado entonces y que ahora aparecía como una dulzura, porque ella siempre solía beber de su vaso o de su taza, lo que le había acarreado ciertas discusiones con los meseros, ella y su empeño en pedir invariablemente una sola taza de té, un solo café, ella y sus sorbos de pajarito, ¿té para dos? no, para uno solo, luego desafiante: ¿no se ve que somos uno solo? ¿Por qué él había detestado tanto aquel hábito? Enseguida respiró hondo, recibiendo el tufillo que se había formado en la sala, y cayendo en un bienestar animal se dedicó a comer con la mente en silencio.

Don Ben, como lo llamaban en el trabajo, inspiraba un respeto que no nacía de la amistad ni de la sabiduría que podía esconder su silencio abrupto, éste provenía de la distancia flemática que establecía con las personas

volviéndose inatacable. Algunos pregonaban que era un insensible, otros que alguna vez compartieron la mesa del almuerzo con él, lo tildaban de viudo torpe y tacaño. Sin embargo, no faltaba algún distraído que le obsequiaba una o dos cualidades de vez en cuando, cosa que lo incomodaba bastante cuando lo sabía. Su sentido erótico se balanceaba entre dos suspiros por mes y un leve temblor en las corvas los domingos al atardecer cuando las mujeres salían de misa de seis.

Sus noches transcurrían en una residencia para personas de edad avanzada en donde se había dejado ver entrando con mujeres jóvenes en dos o tres ocasiones; pero ésta actitud no era más que un reflejo de defensa personal, ya que aún temía que alguien le adjudicara costumbres más extravagantes que su soledad de veinte años. En realidad durante toda su vida se había acercado al sexo como a una desproporcionada teoría de gemidos que no pudo seguir ni entender. Vivía del insomnio, y cuando a veces lograba dormir, veía a su mujer bailando desnuda, abriendo los brazos para atrapar algo que estaba muy lejos, luego las hermosas piernas flaqueaban, su boca hablaba, pero él no podía escucharla. Luego veía a un animal postrado, esperando en una puerta la salida de su amo, y era tal la tristeza del animal que al amanecer despertaba con los ojos hinchados y el pecho hirviendo, húmedas las comisuras del enorme camisón de dormir que le servía de pocilga para llorar a su muerta y maldecir la suerte que le había hecho desperdiciar tanta gracia. Durante el día se escondía en la oficina o se aislaba en el sabor inmortal de su amor póstumo, esperando la jubilación y la muerte.

El mesero estaba levantando el plato cuando el viejo Benjamín vio entrar a una mujer alta en cuyos cabellos y labios ardía un rojo intenso. Llevaba en la mano una

chaqueta de bluyín y del hombro colgaba un bolso rosado de donde salía el manillar de una raqueta de tenis. El escote profundo en la blusa anaranjada y la falda verde acentuaban el caminado insinuante. "Es el día de los pelirrojos" se dijo, y luego pensó en un compañero de su niñez que solía ir al campo en busca del arco iris porque estos traían buena suerte. La mujer se sentó cerca a la ventana. Con su entrada se avivó el restaurante, suscitando uno de esos calorcillos que impulsan a algunos seres a ir en busca de otros. El viejo Benjamín desabotonó el cuello de la camisa con el presentimiento de que afuera se vivía locamente. El plato principal llegó enseguida, y con él, ¡un buen provecho doctor! bastante usado. Envuelto en el vaho Benjamín tomó los cubiertos y comenzó a podar los gordos de la carne. Un tintineo feliz salía de la máquina registradora apostada en la esquina del mostrador y a toda la sala llegaba el sonido de una nevera que se abría y se cerraba cada vez más a prisa. Al pelirrojo se le había unido otro mesero y los dos danzaban en idas y venidas, haciendo figuras ridículas para no chocar con nadie. De pronto el patrón dejó el mostrador y pasó una mirada avisora de celosa ama de casa por todo el salón. El viejo Benjamín hizo una leve venia a la mirada mientras masticaba comprobando que las arvejas que tenía en la boca no eran de las que venían en lata. Hubiera sido el colmo que ahora que pagaba más siguieran alimentándolo con mentiras. Luego miró lentamente a se alrededor y se encontró con las tres gordas comiendo con voracidad. Más allá la mujer de negro alimentaba con cucharaditas al viejo de la joroba que permanecía separado de la mesa, "para que no se ahogue en la sopa" pensó mientras enjuagaba la boca con un sorbo de vino.

Las bocas se movían por todas partes, hablaban, masticaban, mascullaban, rumiaban, produciendo todas el ruido del

sustento. Una solidaridad momentánea se improvisó en los rostros de quienes ya habían terminado el segundo plato. El cruce descuidado de miradas, el roce de cubiertos y cristales, el revoltillo de alientos y de humo completaban la atmósfera digestiva que comenzaba a estirarse hacia la tarde.

Una vez terminado el último bocado, el viejo Benjamín buscó con los ojos al mesero, ya que era muy sensible a que retiraran rápidamente la loza sucia. El pelirrojo acudió enseguida y sin chistar palabra tomó los platos y se alejó en una especie de danza taurina. Dos señoras que acababan de entrar lo miraron con suspicacia, mientras hablaban con susurros, como si el restaurante fuera un salón de té.

Se sirvió el vino que le quedaba en la botella y bebió un poco, luego, retiró la copa y la puso al frente. Y sin pensar en nada se fue quedando quieto, su cuerpo comenzó a ser invadido por una total sensación de inutilidad. Se sentía ebrio, de una embriaguez que él solía atribuir al placer del paladar, a la pena en reposo y a la forma como se iba descomponiendo, en la fosforescencia del mediodía, su desatinado corazón.

Una mujer de traje azul oscuro hizo su entrada al restaurante, fue hasta el mostrador y habló algo con el patrón. Usaba tacones, y del brazo colgaba una fina cartera negra. Los dos grandes aretes que le adornaban las orejas parecían dos ojos accesorios que le ayudaban a observar el mundo a su alrededor. La cabellera caía como un chorro de arena por la espalda flexible. El viejo Benjamín la miró un instante, como un punto más agregado al horizonte que le permitía el comedor. Por unos momentos le cortaron la visión las muchachas cargadas de compras y la madre que salían envueltas en una nube de risas, luego pudo observar que la

silueta azul bebía algo. La miraba simplemente porque no podía mover la cabeza, esperando que los ojos se le cerraran para entregarse a la placidez de un sueño de cinco minutos exactos que su cuerpo había aprendido a calcular. De pronto se sobresaltó cuando la mujer se volteó automáticamente con la expresión de haberlo sorprendido espiándola. El viejo Benjamín sintió que algo parecido al dolor se removía en el cuenco de su cerebro, algo que le hizo cambiar la posición del cuerpo y la dirección de la mirada.

Pero creyendo que había exagerado al reaccionar así, volvió a mirar de nuevo hacia la entrada. La figura de azul lo observaba. No sabiendo que hacer ante aquella impertinencia se quedó mirando el mantel de su mesa mientras se decía que esto tenía que ser un error.

Su corazón pareció volcarse al percibir de soslayo que la figura de azul crecía, se movía, se le venía encima. Temiendo que tal vez pediría permiso para sentarse con él, atrajo con el pie el asiento del frente, pero éste no avanzó más. La mujer llegó hasta la mesa y se quedó de pie buscándole los ojos. El agitó la mirada circularmente, y después, sin querer, le clavó los ojos tratando de reconocerla. Las dos miradas se encontraron y el viejo Benjamín comenzó a enrojecer lleno de una ira gaseosa que le inflaba las sienes y los encajes de los ojos. Ella, al contrario, parecía tranquila cuando se inclinó para decirle con una voz gélida, desenterrada del fondo de su elegancia.

-¿Señor, no le parece que ya es demasiado?

Al oír estas palabras el rostro del viejo terminó de encenderse. La voz añadió:

-Es evidente que usted me sigue, en todas partes adonde voy lo veo a mis espaldas...¿qué quiere de mí?

. El viejo Benjamín no podía bajar la vista de aquellos labios que empezaban a formar una telaraña en sus ojos. Buscó en su mente algún índice de sentido, alguna fórmula que le permitiera comprender lo que aquella mujer acababa de decir. Ella esperaba.

-Pero señora yo...

-¡Pero señora! ¡Pero señora! -lo interrumpió ella cambiando el tono de reclamo por el de reprimenda, como si hablara a un niño habituado a excusarse de la misma manera...¡Respóndame ! ¿Qué quiere?

Ahora la pregunta no parecía salir de la boca, sino de un par de ojos enmascarados por la ira, brillando como dos botones de níquel.

-¿Qué quiere? -inquirió de nuevo- ¿qué me rebaje a su nivel?.

En ese instante el viejo Benjamín pudo retirar la mirada de la hermosa boca para encontrarse con sus regordetas y pecosas manos temblando. Luego, avergonzado de ellas y de su vejez, levantó los ojos para ver como la mujer tomaba la copa que estaba frente a él y bebía el vino de Ana

-¡Respéteme ! -dijo después de agotar el vino-

El viejo hubiera querido escurrirse para esconderse debajo de la mesa o correr hasta alcanzar la calle para ir a morir de ridículo, pero no pudo tomar iniciativa alguna porque otra avalancha lo aplastó de nuevo.

-Es usted insoportable señor, no me mire así, su mirada me humilla.

Luego de un corto silencio en el que el viejo apenas oyó silbar a uno de los meseros que pasaba, la mujer puso las manos sobre la mesa y se inclinó para decirle muy de cerca.

-¡Suélteme !

El viejo Benjamín retrocedió en su silla y fue entonces que percibió la luz rubia que emanaba del joven rostro. Ella retiró las manos de la mesa y continuó hablando, casi comentando.

-Ya me imagino las porquerías que me habrá hecho en sus despreciables sueños. ¡Le juro ! -y volvió a inclinarse- que jamás lo dejaré manosearme en un callejón oscuro.

En eso el viejo se estremeció al recibir algunos puntitos de la saliva de la mujer, sus labios temblaron como si en ellos acabara de romperse un secreto. El aroma de aquel aliento lo torturaba. Alguien le había abierto el hornillo de la fiebre en plena cara. Su frente se derretía cuando escuchó.

- Compréndalo de una vez por todas, soy imposible

Enseguida la mujer dio la media vuelta y se alejó rápidamente.

El viejo Benjamín apenas pudo levantar una mano cuando ella ya llegaba a la puerta, era una pesada mano que quería decir, espere por favor, espere, yo..., porque las palabras que trató de articular cayeron, como pájaros, abatidas contra el cielo pegajoso de su boca.

Estaba literalmente paralizado pensando en el rostro que acababa de desaparecer. La luz rubia zigzagueaba en sus ojos. Sus labios al fin se desentumieron para decir ¡Ana! ¡Ana!

Tan sólo unos momentos después volvió a escuchar el ruido del comedor, miró para todas partes, volviendo en sí, como si volviera al vacío. Los objetos y las personas perdían su forma, el líquido que le ardía en los ojos, lo aislaba del mundo, tenía historia, un corto y un largo pasado, sus lágrimas tenían nombre, ¡Ana! ¡Ana!

Luego se llevó las manos a la frente y puso los codos en la mesa para sostener su espanto, y para que nadie lo viera llorando.

Más tarde, cuando comenzaba a recuperar la tranquilidad, metió la mano en el bolsillo del pantalón buscando un pañuelo para limpiarse la cara, fue entonces que sus dedos rozaron un bultito duro que no reconoció en el primer momento. Sólo después de secar las lágrimas y el sudor inclinó la cabeza e incrédulo, observó el tumorcillo que templaba la tela. No podía creerlo. Los dedos tocaron rápidamente y luego se retiraron asustados, era lo que nunca hubiera sospechado: una erección. Una erección visible, como una huella de humanidad en la nieve, palpitante como un corazón de repuesto.

La contempló durante unos minutos, como a un animal extraño que su estómago acababa de expulsar, mientras se preguntaba lo que hubiera hecho un verdadero hombre en una situación como esa, de pronto lo sorprendieron las risas que venían de una mesa cercana. Allí había tres mujeres que reían glotonas, cubriéndose la risa con las manos. El viejo Benjamín las miró con rabia, le hubiera gustado ponerse de pie y mostrarles lo que tenía, ¡miren! ¡miren viejas estúpidas! pero no, prefirió llamar al mesero y pedirle la cuenta y el impermeable.

-¿No le provoca un postrecito? -preguntó el pelirrojo-

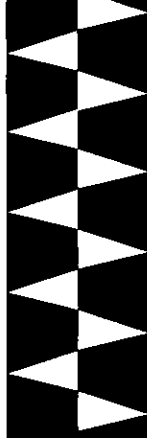
-No, gracias. Protestó tajante, sin dejar de mirar a las mujeres que ahora comían calladas.

Cuando le trajeron la cuenta pagó enseguida, sin reparar en los vueltos, tenía una urgencia terrible de salir, el restaurante lo ahogaba, se sentía tirado hacia afuera por la luz y por el olor de una fermentación divina.

Cuando quiso levantarse miró el pantalón para asegurarse de que el campo estaba despejado. No lo estaba. Entonces tomó el impermeable y lo colgó a la altura del vientre y así avanzó hasta lograr la puerta. Allí lo acogió una deliciosa mezcla de ciudad y de cielo azul. Caminó unas cuantas cuadras hacia el sur por la carrera 15, estaba sorprendido de la ligereza de sus piernas, hasta tuvo la impresión de que había perdido el peso de su carne. La gente reía, las faldas de las mujeres que veía a su paso revoloteaban como promesas, anunciando como tenues campanas las confidencias amorosas que tanto había desdeñado. El día estaba puesto sobre la ciudad como un mantel recién lavado, y a medida que avanzaba la calle se abría frente a él como una fruta fresca cortada por el filo del sol.

Al pasar por la calle 88 no reparó en la venta de flores que coronaban el andén sino en el árbol de la esquina al cual acudió para sostenerse. Lo observó fijamente, pero sin verlo, como si estuviera a punto de comprender algo, sin notar que al contacto con la corteza sus manos se habían llenado de polvo. Luego miró hacia el cielo. La atmósfera de oro bajó hasta sus ojos, como una ave de rapiña. Entonces recordó la luz que emanaba del rostro que acababa de atravesar el recuerdo de Ana y metió la mano en el bolsillo del pantalón. La tela estaba húmeda, caliente. Pensó que estaba herido, de placer y de vida. Luego cayó sobre el andén, el peso de su carne volvía. Se encogió como un feto

hinchado. Alcanzó a oler el perfume de alguien que pasaba y abrió los ojos por última vez para fijarlos en unas corvas que se alejaban, luego su mirada se cerró, como aspirada por la eternidad. Su boca dijo gracias, antes de renunciar a la vejez, al remordimiento y a la belleza de esa tarde y de tantas otras tardes que debían, para ir a buscar ese lugar ignoto donde toda culpa se vuelve inocencia. Demasiado lejos estaba para darse cuenta de que en Bogotá eran las mujeres, y no las golondrinas, las que anunciaban el verano.



**CUANDO TALLAN
LOS RECUERDOS**

Por
Oscar Ramiro López Castaño

Oscar Ramiro López Castaño

Nació en Bolívar, Antioquia.

Licenciado en Lingüística y Literatura y diplomado en Filosofía y letras de la Universidad de Antioquia. Master of Arts en Literaturas Hispánicas de Washington University (Saint Louis, Missouri).

Ha trabajado como profesor de Literatura Latinoamericana de diferentes universidades y se desempeña como Director de la Especialización en Literatura latinoamericana de la Universidad de Medellín.

Actualmente adelanta estudios de doctorado en Literaturas Hispánicas en Estados Unidos, University of Cincinnati, Ohio.

La decisión surgió de repente. Fue cuando la advertí allí, vestida de blanco, próxima a la jardinera. Esa mañana me había dicho: "Estaré puntual, a las cinco. Iré vestida de blanco. Ya tengo las dos boletas. Las conseguí para la función de las seis". El resto lo dábamos por entendido. Tres años de andar juntos recorriendo los sitios más insospechados de la ciudad, tres años construyendo una historia que trataba de luchar contra la corrosión de los días evitaban el uso de muchas palabras. A las cinco, en la cafetería de entrada a la universidad, sus grandes ojos negros brillarían al recordar la última entrega de amor el mes pasado. Las entrevistas en los últimos meses eran menos frecuentes entre nosotros, la separación correspondía a un acuerdo táctico para activar una pasión que había ido extinguiéndose día tras día pese al intento de evitar el desgaste en la transhumancia de los lugares. Algo nos prohibía reconocer que del esplendor sólo quedaban los restos del naufragio previo al adiós definitivo.

La avisté a cien metros. El vestido blanco, por un momento, me llevó a evocar imágenes de contornos precisos elaborados con la materia de muchas tardes de lluvia y de calor, también ella, en muestras inequívocas como la del vestido, se resistía a aceptar el naufragio. Sabíamos que después de la función teatral de **Decisiones imprevistas** vendría el capuchino en algún café cercano al teatro, pero no tan cerca que pudiéramos padecer la interrupción de algún amigo: después de cualquier

representación teatral nunca teníamos ánimo de discutir si la obra correspondía a la puesta en escena aristotélica o, si por el contrario, el extrañamiento o el distanciamiento habían hecho mella en nuestros sentimientos de espectadores. La frase más obvia vendría de labios de cualquiera de los dos: "Te he deseado tanto". El encanto de la frase, no obstante su obviedad, residía en que quien la pronunciaba se anticipa al otro provocando con ello un cierto cumplido, una forma de preparar el ambiente propicio para una entrega cuerpo a cuerpo, sin limitaciones. Era como empezar a revivir el susto del amor con el que cada respiración se había entrecortado en cada uno de los primeros encuentros tres años antes. Ambos, sin proponerlo, admitíamos que la nostalgia era una cuerda floja que sostenía la inminente caída en el vacío.

La vi muy cerca, a cincuenta metros. El libro que intentaba leer era "La Broma" de Kundera. Lo sabía porque esa mañana antes de colgar el teléfono me había leído el mensaje de la postal que Jahn Ludvik le escribió a Marketa (Berta nunca leía dos libros al mismo tiempo). Yo le dije que me alegraba que hubiera puesto los ojos en el detalle de la postal, pero no quise aclararle la importancia del detalle: con seguridad, ella descubriría más adelante que la vida a veces no es muy seria en sus cosas, que un hecho insignificante, en el momento menos pensado, puede cambiar una vida de forma irreversible: con el incidente de la postal me recordé que en los últimos meses yo andaba olvidado de escribirle cartas, notas, o enviarle postales como había acostumbrado en otros tiempos. La observé mirar las páginas del libro y saltar hacia el lugar donde yo me aproximaba. Pese a que conocía mi actitud descuidada con la puntualidad de las citas, ella, igual, estaba en el sitio de encuentro a la hora precisa. Mi actitud la exasperaba, pero, al final, siempre

obtenía su indulgencia, pues sólo le bastaba verme de cuerpo presente para recuperar la compostura. Así era Berta conmigo. Incluso pienso que su tolerancia solía crearme la sospecha de que en el futuro, si llegábamos a formalizar la relación, podría traerme inconvenientes.

No fueron muchos los metros que quedaron faltando para encontrarnos. De pronto, en un impulso que yo mismo no podría explicar ahora, decidí dar media vuelta: ni **Decisiones imprevistas**, ni el compromiso de discutir con los compañeros de la Universidad la representación de la obra, ni la eventualidad de beber vino Tacama semiseco, ni escuchar piezas alegres de Mozart, ni la lectura a media luz de poemas de Pedro Salinas entre el paréntesis de episodios de amor proyectados sobre los espejos de una alcoba, que multiplicaba fragmentos de nuestros cuerpos formando distintos cuadros cubistas, los cuales incentivaron muchos de nuestros encuentros, ni... me conmovieron.

El vestido blanco de Berta, aquella vez, dejó de ser una insinuación. Di la vuelta, lo único que puedo recordar es que el rumbo no me interesó, sólo alejarme de ella en ese momento.

En un comienzo caminé lento, firme. Mi tronco es largo por naturaleza. Entedí que cualquier explicación sobraba. Dar la vuelta sin siquiera corresponder a la intención del saludo de ella, implicaba no asistir al teatro ni mucho menos al cuarto No. 23 del hotel Turín, destinatario de una intimidad labrada en hoteles de mala muerte en los municipios vecinos a Medellín. Noté por el rabillo del ojo que Berta había optado por seguirme. Vaya uno a saber qué habría ocurrido si ella mientras guardaba el libro de Kundera en el bolso de cuero y descubría mi cambio de rumbo, se queda

en el lugar en vez de seguirme. Tal vez a esta hora estaría tomando de su boca sorbos tibios de vino Tacama, mientras presionaba sus pechos pequeños entre las yemas de mis dedos buscando hacerlos saltar de la blusa.

Aligeré el paso. Detrás suyo escuché una voz masculina llamándola por el nombre. Pensé que en el hombre estaba mi salvación. La voz ahora se escuchó más recia. Berta me seguía, la voz del hombre insinuó el deseo de conseguir que ella suspendiera la persecución.

El tercer llamado no podía pasar desapercibido para un oído normal. Pero al parecer Berta solo tuvo interés en no dejarme perder de su vista. El trote, a pesar de lo ligero, coincidió con la voz del hombre a sus espaldas. La situación se presentó confusa a tal punto que los porteros apostados en la oficina de la puerta central de la Universidad se dieron cuenta de la maniobra. Sus miradas recorrieron la distancia marcada entre la voz, Berta al centro, y el trote mío adelante. Tuve tiempo de comprender que los hombres en la puerta supusieron una disputa de pareja por causa de un intruso. El guiño socarrón de sus miradas resultó suficiente.

El viento fustigaba mi cara, una polvareda se levantó arrastrando varios periódicos y revistas del puesto de venta de la entrada universitaria. Los lectores furtivos que leían letreros escritos a mano o fragmentos de periódico de las noticias del día, cubrieron sus rostros con la manos o los ocultaron defendiéndose con los antebrazos de la molestia del polvo.

Conseguí ganar el otro lado de la calle a despecho del grito del conductor del bus: "marica". La ofensa perdió importancia cuando constaté que me había distanciado unos metros más. Berta cruzó la calle cuando el tráfico se lo permitió.

Aunque sentía que el esfuerzo de ella por alcanzarme se hacía cada vez más difícil, yo no disminuía el ritmo del trote. Al voltear para tomar la carrera Carabobo, vi a una pareja de estudiantes acariciándose en una moto. La pausa del semáforo le dio tiempo al hombre para deslizar la mano por la espalda de la mujer, llegar hasta las nalgas, darle un pellizco cariñoso y tornarse a darle un beso. La corneta de una buseta sonó estridente: la escena de amor se apagó en un súbito salto de la pareja en la moto. El conductor sonrió quizá satisfecho de dañar algo que sus manos ocupadas en contar billetes viejos le prohibían. El movimiento de vehículos reanudó la circulación. Pensé que es lindo estar enamorado. Por una fracción de segundos me hallé intentando cortar con los dientes el pelo que le crecía a Berta en el pezón derecho. Cada cierto tiempo yo se lo cortaba de esa forma, era uno de los rituales con los cuales empezábamos nuestros descensos amorosos hasta resbalar en el piso entapetado del hotel Turín. Intuí que el hombre había dejado de gritarle a Berta desde antes de salir a la puerta de la Universidad, de lo contrario no la hubiera visto sola mientras esperaba cruzar la calle.

Gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer.

Sin detenerme, giré la cabeza hacia atrás, la leve distracción me llevó a meterme en mitad de la calle. Al freno brusco del taxista correspondió el freno de aire del bus y la corneta: el ruido aturdió. Pensé, no sé porqué, que las desgracias del mundo ocurrían por falta de amor. El golpe dio en la maleta del taxi. Buseros, taxistas y conductores de vehículos particulares se trenzaron en una algarabía ensordecedora. El humo de motor diesel me encegueció, mis ojos comenzaron a lagrimear. Sentí que un sabor a caucho hirviendo recorría mi garganta. No hice nada por detenerme. De todos los lugares salieron curiosos. Cada quien, con toda seguridad,

empezó a imaginar versiones del incidente. Los semáforos cambiaron sin ser obedecidos.

Alguien debió señalarme como el verdadero culpable. No me quedó alternativa distinta de correr. Escuché la voz humillante de "¡cójalo!" "¡cójalo!" "¡cójalo!". Era fácil que cualquiera pensara que yo huía por causa de algún hurto. Decidí no parar hasta reventarme. Un perro sarnoso comía desperdicios envueltos en hojas de papel periódico, algún mecánico del sector debía haberse compadecido de su visible costillar. El perro también ladró, sin convicción, por un instante.

La lluvia caía ahora pertinaz, la camiseta azul de franela, regalo de Berta con motivo de unas jornadas universitarias, se adhería a mi piel. La imaginé con el vestido blanco estropeado, sus pechos erguidos apuntando hacia las miradas golosas de quienes la sorprendieron a su paso. Ella nunca se colocó pollera mientras salió conmigo. Acaso la lluvia la fustigaría en esta ocasión, pese a que era común que un día lluvioso lo aprovechara para salir a la calle. Le divertía tener el pelo mojado por la lluvia y sentir que las gotas de agua recorrían su rostro como lágrimas de alegría. Así fue como pude poseerla por primera vez en un espacio público. Tres años antes, un martes de septiembre, al salir a la calle luego de dos horas en la cinemateca asistiendo a la ilusión de días de verano en "Calor y Polvo" de James Ivory, recibí la golpiza de la lluvia sobre mi cuerpo, la sensación desagradable de la realidad desdibujó los colores cálidos del filme que me habían hecho olvidar los meses de lluvia que padecíamos en la ciudad. Sentí un disgusto repentino, tan cargado de energía como un trueno con ganas de descargarlo en cualquiera que se atravesara por delante. Abrí el paraguas, pero de inmediato Berta me increpó: "La lluvia es vida, es caricia, es esplendor, si te gusta la poesía no debes huírle a

la lluvia". El frío del cuero de los zapatos en mis pies y la ropa mojada no me hacía ninguna gracia, no podía encontrarle poesía a la humedad que fastidiaba mis pies. Sin embargo, esa tarde entre sauces llorones azotados por el viento, el barro embadurnando mis zapatos, el olor a hierba húmeda y el pelo de ella escurriéndose sobre mi rostro, fui sucumbiendo al deseo de su cuerpo sin importarme la molestia de la lluvia. Su serenidad frente a las circunstancias fue seduciéndome. Cantando bajo la lluvia me releí el capítulo de Rayuela que dice: "Toco mi boca, con un dedo toco el borde de tu boca dibujándola como si saliera de mi mano como si por primera vez tu boca se entreabiera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar...". Desde entonces, instauramos un ritual entre el texto y nuestros cuerpos que creímos, durante varios meses, nunca acabaría. Aquella vez, el libro, que era prestado, se estropeó tanto que fue necesario reponerlo. Ninguna librería de la ciudad tenía Rayuela, sólo pudimos obtenerlo por las gestiones de un amigo en Bogotá.

Ahora, en mi desbocada carrera había dejado atrás los talleres de mecánica de Carabobo. Todavía, no obstante la lluvia, se veían mecánicos debajo de los vehículos mal estacionados. En veinte metros alcanzaría la calle Miranda, otra mirada hacia atrás, truncó mi carrera. A un chico, que cruzaba la acera cargando una bandeja de un restaurante, me lo llevé por delante. No quise detenerme. Los gritos de furia de los que vieron el incidente no se hicieron esperar. Unos metros más adelante, un lustrabotas que recontaba la ganancia del día sentado sobre su cajón, estiró su pierna derecha. La zancadilla puso fin a mi escapada. La caída resulto aparatosa. A pesar del aturdimiento, grabé algunas imágenes de la multitud golpeándome. Cuando Berta arribó, las huellas de la agresión me llevaron a concluir que la distancia que le había tomado era demasiada.

-Llegó una ambulancia. No sabría decir cuánto tiempo transcurrió mientras pude acercarme. La gente comenzó a dispersarse.

-Claro, ya habían hecho justicia. La ambulancia evitó el fin. El tiro de gracia me lo hubiera pegado el tipo si en el momento en que apareces, te da por gritar. Había demasiada histeria.

-Sí. La lluvia esa tarde era sofocante. Estaba muy confusa, pero para hacerme escuchar hablé en un tono distinto al de ellos.

De repente, advierte que hago mucho esfuerzo para conseguir el cambio de posición, no quisiera que el dolor de mis heridas delatara mi sufrimiento. Interpreta mi dolor, comprende que no deseo solicitar asistencia. Me ayuda a colocar la pierna derecha en posición más alta. Acciona un poco, hacia abajo, la palanca de la polea. El yeso, en forma de canoa, sube varios centímetros formando ángulo recto con mi cuerpo. Me siento más confortable. El ligero alivio me permite mirar con discreción abajo del cuello en V de su camisa blanca de botones que insinúa un surco: dos pechos redondos y pequeños permanecen firmes, casi erectos como si los instigara una tarde fría. Me asalta la idea de abarcar su perfección con mis manos, así hice tantas veces.

Viste una falda de lino ancha de color azul aguamarina. Berta, hoy, es un paisaje de Boticelli al que quisiera explorar buscando descubrir atajos nuevos. Me aprieta la mano derecha. En sus ojos negros leo la impresión que le causa ver mi ojo izquierdo tapado. Desliza su mirada por mi cuerpo maltrecho. Por un instante, contiene la respiración. Sus manos palpan las vendas de las costillas.

Ella no se imagina que mi dolor no hace olvidar los encantos de un cuerpo auscultado durante tres años. Es cuando se decide a lanzar la pregunta esperada:

-¿Porqué te devolviste así, de súbito?

-¿Fuiste a ver **Decisiones imprevistas**?

-No. Han ampliado la temporada. Toda la ciudad quiere verla. Eso del cuerpo desnudo puesto en escena le gusta a la gente. Esa tarde debí dejar caer las boletas.

-El exceso de prohibiciones desenfrena el deseo. Vivimos llenos de ansiedades.

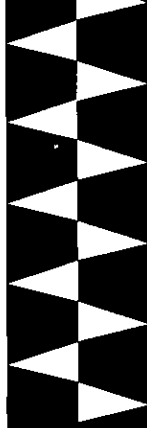
-¿Cuándo te darán de alta?

-Todavía no lo sé.

-La temporada va a estar larga. Juntos alcanzaremos a verla.

Mi ojo derecho no pudo ocultar un débil parpadeo, como una gota de mercurio movida por el viento. Hice denodado esfuerzo por controlarme. Sentada, al borde de la cabecera de la cama, lucía radiante. Los recuerdos empezaron a tallarme cuando comencé a padecer los primeros agujijones de la realidad anunciándome que en el futuro no podíamos continuar frecuentándonos. De nada valdría el recurso a sutilezas como asistir a **Decisiones imprevistas**. La multitud había dañado mi vida. Ahora necesitaba armarme de valor y, acaso, en una tarde de lluvia, entre varios capuchinos, le confesaría que Caballería ligera y Zorba, el griego y La pequeña serenata nocturna y un saludo de buenos días con versos del corte de Desnuda/ en la roja mañana/ a la que el jaguar despierta/ representaban un recuerdo doloroso nunca revivable en la alcoba No. 23 del hotel Turín, ni en ninguna alcoba. Levanté la sábana, observé allí, abajo: la gasa y las vendas cubrían una mutilación. Nunca más tomaría

decisiones imprevistas a cien metros, a cincuenta, a cualquier distancia. Halé un poco la sábana, oculté un rostro cárdeno en el que una lágrima quiso revelar mi impotencia.



MAESTROS DE LA REALIDAD

Por

Sergio Albeiro Vieira Londoño

Sergio Vieira Londoño

Nació en Medellín en 1959.

Ha publicado "Historias de Vecinos" en 1986 y ha hecho parte del Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, dirigido por Manuel Mejía Vallejo.

En la actualidad, trabaja como epidemiólogo en el área de investigación en salud.

*"...midnight confessions
never heal the soul
what you believe is fantasy..."
Black Sabbath.*

1

Me asombró la lucidez. Todo particularmente claro, liviano: un carro, un sol tibio y muy brillante, ningún ritual. Creo que lo más significativo fue la cara (¿ausente?) de los obreros cuando aflojaron la soga y permitieron que todo se hundiera, y el ruido de la tierra sobre la caja...como si estuviera vacía. Finalmente la lona verde cubriendo el desorden. Tras eso, sin más, me fuí.

Sé que te hubiera gustado algo más lento, menos eficaz; pero a mi me tranquilizó esa sencillez carente de compromiso, exacta: hizo tolerable el comienzo. La lentitud, lo espeso y opaco, empezaría más tarde, en su casa, en los sitios donde verdaderamente persistía su personalidad. Ensimismado, quizás reticente, me dirigí a esos lugares. Hubiera preferido tu compañía. Yo no tenía ni la voluntad ni la fuerza necesaria, o eso sentía, para soportar las voces abrumadoras de esa soledad.

Noté, al acercarme a la casa, que le estaba dando un nuevo significado al ambiente, separado ahora de la rutina de

tantos años. En su vecindario, y eso lo atraería, los árboles son muy antiguos: la corteza cicatrizada, tortuosa; las ramas gruesas, escasas de hojas. Todo es breve: el ruido de los muchachos, el paso de los carros, el sonido del viento. Su misma casa es pequeña. La más atractiva y afectuosa, pienso, dejándome llevar por el aire nostálgico que nos impone el olvido y la pobreza de nuestra imaginación. El color del ladrillo, el rosal en el jardín (excesivamente podado, viril, incapaz de florecer), la puerta, de una madera demasiado sólida, todos esos detalles, símbolos de una duración superior e impropia, debieron ser para Marcos un rechazo a la vida que se levantó a su alrededor. Había un contacto, una hermandad, entre ese ambiente y él.

La casa estaba vacía. Leonor y Eliecer no habían llegado. Sabía, claro, que vendrían al día siguiente, pero guardaba la esperanza de que lograrían deshacerse de sus empleos, del papeleo, de las minucias, para visitar a su padre antes de que desapareciera su...¿su qué?...¿su recuerdo?, ¿su aroma?...o, quizás, su elán, que sentía ahora, patente, entre estas paredes y, me temía, iba a diluirse rápidamente por los resquicios de las ventanas, por los ventiladeros de la cocina, por la puerta, antes de que ellos lo palparan por última vez.

Al entrar cerré apresurado la puerta. Un gesto ingenuo que no repetiría. No serían más de las seis de la tarde, y era un luminoso día de verano, pero encendí la lámpara. En el radio, el dial permanecía, tranquilo, en su lugar de siempre. Al lado del tocadiscos, un poco al azar, había una carátula. Pensé en ocupar el equipo, pero me pareció que no lo lograría, que algo se interpondría y que invocar ese "algo" sería imprudente. Los objetos estaban ahí, preparados, atentos a él, y ahora que no serían de nuevo debían resignarse a desaparecer. Me senté en la mecedora, sin

fuerzas para llegar más lejos. Intenté pensar en problemas inocuos, en alguna tontería que me divirtiera de la opresión.

Sólo pude pensar en sus hijos. No tenía claro si ellos querían solamente que me hiciera cargo de las cosas que quedaban. Habría que guardar la ropa, decidir el destino de los libros, vender aquello que se pudiera vender, en fin. Querían, pensaba yo, que los librara del enfrentamiento con su pasado. Me dolió, en alguna forma. En un telegrama Eliecer me agradecía que me encargara de lo "necesario". Leonor, al llamar, insistió (contra ella misma, creo) en una reunión, una especie de pequeña ceremonia, en la cual, de paso, podrían aclararse los asuntos pertinentes. Carecían del tiempo y la experiencia adecuada para organizar esto y solicitaban mi ayuda.

Un rencor suave me invadió. Era otra excusa para quedarme allí, en la mecedora. No es que estuviera deprimido, por lo menos no abiertamente. Estaba tranquilo y la tristeza asomaba, sí, pero con ternura. Me asemejaba, en cierta forma, a sus objetos: estático, alerta al momento de ser requerido, ignorante de que seguía, tan solo, la ausencia. No podía, no tenía la forma de vencer esa quietud. Pero recapacitando, vi en todo ello lo que, al final, me recataría. Sonreí al descubrirlo. Era claro que debía, precisamente, remitirme a ese hábito, restituyendo su significado en las cosas, para la nueva vida que debían esperar. Una especie de dignidad sin sentido pero necesaria. Guardarlo todo, despedir este orden, esta extensión silenciosa de otros momentos, con la misma aparente indiferencia con la que él los había provisto, secretamente, llenándolos de una plenitud ahora inútil.

Fuí a la cocina. En parte para prepararme algo, pero también por su misma cotidiana presencia. Las ollas, los

huevos, la verdura, el azúcar. Era un ejercicio poco violento que preparaba lo por venir. Mientras calentaba algo, decidí, con minucia, el destino de lo que me rodeaba. De una gaveta rescaté unos cubiertos de cobre, quizás la primera compra de Marcos, en la cual yo le había ayudado, cuando decidió vivir solo. Me los guardé. Subí luego a su pieza, más despierto.

Guardaba en ella sus libros, ¿recuerdas? En la sala estaban los obligados: el diccionario, las revistas, una colección de autores ingleses que, sospecho, sirvieron únicamente de adorno. Pero en la pieza, en un especial orden, estaban sus verdaderos libros. Disímiles, particulares. Una novela de Brion, los cuentos de Carrasquilla, una edición en rústica y comprada de segunda de "El hombre invisible". Llegué decidido a hacer un inventario, sin tocar nada, para presentárselo a Eliecer a su llegada. Algo así como "escaparate de roble: vender en el almacén de Rodríguez por un mínimo de..." Pero con sólo mirar sus libros, encajados sobre el escritorio, tuve que desistir. En la mañana, me dije, habrá polvo sobre esto; el vaso sobre el nochero habrá dejado una marca, los repliegues de las cobijas pedirán atención. Me senté junto a su escritorio y pasé la vista sobre todo. Las plumas aún tenían tinta fresca. En la papelera habían dos o tres hojas, limpias. Marcos, no sé si lo sabrás, escribía poco y, al hacerlo, debía tener un fin concreto que le permitiera darle oficio al escrito de inmediato. No hacía cartas los fines de semana, cuando el buzón cercano permanecía sin recolector.

Estaba atrapado otra vez en esa pasividad oscura. Sin saber bien por qué, bajé de nuevo a la cocina y me preparé un café. Con el pocillo en la mano subí de nuevo a su pieza. Me encendí uno de sus cigarrillos. Abrí entonces los cajones del escritorio. En el primero, con un olor agradable a colonia

antigua, en un orden fácilmente reconocible, estaban sus bizuterías: un diario de gastos, lápices, ganchos ya inútiles. Más abajo estaban los instrumentos de trabajo: talonarios, tarjetas, sellos, cartas, bien dispuestos en cajitas precisas. Decidí quemarlo todo. Un final digno, me pareció. Al fondo encontré una foto (de textura moderna, una copia que no sé cómo obtuvo), en la que aparecíamos los tres. Marcos y yo con el pelo recortado y esa vestimenta de domingo, incómoda y maligna, a la que Mamá nos obligaba, y tú, aún demasiado niña, con ojos llorosos. La foto la recuerdo, pero ignoro quién tendrá el original. ¿Quizás tú? Hemos vivido separados tanto tiempo, nos hemos alejado tanto, que estos detalles son necesariamente, un duro testimonio. En fin, que estábamos los tres muy juntos, circunspectos, ya un boceto de las personas que seríamos más adelante. Miré mis ojos en ese espejo del tiempo y me pregunté si ya entonces sabía lo que estaba por venir, si podía intuir en esa mirada esto que hoy hacía. En la foto no aparecíamos contra un paisaje de cuarto de fotografía.

Tras de nosotros estaba una casa que tardé en reconocer. Ignoró la dirección, pero si fuera a Manizales la encontraría. Es inútil inquietarse por ello, sospecho, ya que hoy no debe existir. En aquella casa estuvimos unos meses por la época en la que papá aún intentaba establecerse, fuera de los lazos de la familia. Nunca has sabido lo que allí ocurrió. ¿O mamá, casualmente, te lo contaría alguna vez? No creo, y aún habiéndolo hecho, lo haría sin conocer su verdadera importancia, ignorando: ella, en su pensamiento estricto, disciplinado, apenas podía notar los detalles sensatos, que no dicen mucho. Es posible, me digo, que tras esta temporada de olvido no sea de importancia. Pero, ¿por qué siento que sí, que allí hay alguna clave?

No puedo recurrir al orden. Todo se ha olvidado y si, de cuando en cuando, aparecen imágenes fugaces, caras, expresiones, palabras, sensaciones, lo hacen guiadas por otro orden, íntimo, inexacto, claro sólo en un sentido, en la posición del que vuelve a sentirse por un instante como el niño de siete años que no sabemos si ha muerto.

Juan Pablo, el vecino que aparece como causa, vivía al frente. Por una categoría que previamente nos habíamos establecido Marcos y yo, era él, el expansivo, quien recorría al comienzo el nuevo territorio, para abrirme paso a mí, el tímido, ante los nuevos amigos. En ese barrio, muy cercano al comercio, había poco espacio para juegos y niños. Eran escasas las posibilidades. Pero, inútil preguntarse cómo hallamos el modo de entrar en relación con Juan Pablo.

Verás que no puedo describir con claridad nuestros actos. Lo primero que recuerdo es una ocasión en la que, corriendo y contándonos quién sabe qué historias, nos despreocupamos de la hora. En Manizales el atardecer llega perezosamente: oscurece a escondidas de uno. (Veo que he utilizado el tiempo presente; ¿aún será así? Es más, ¿realmente fue alguna vez así?). El hecho es que, volviendo a casa, nos perdimos. Nos asustamos, nos recriminamos mutuamente. Juan Pablo, el que mejor conocía el sector, el guía, recibiría las peores acusaciones; pero, en realidad, Marcos y yo estábamos al borde del pánico. Caminamos un rato de aquí para allá y en algún momento encontramos un conocido de la familia de Juan Pablo que nos orientó. Seguimos en silencio a esa persona, de la que sólo recuerdo su ruana y su perfil adusto. Sentimos alegría y temor cuando llegamos a la esquina de nuestra casa. Avanzamos hacia ella, lentamente, mientras agradecíamos con torpeza a nuestro protector su

ayuda y le permitíamos seguir su camino. La sensación era extraña. ¿Cómo describirte eso? Ibamos a un seguro castigo por nuestra imprudencia, pero teníamos hambre y sentíamos frío y en casa encontraríamos tranquilidad. Juan Pablo, sin murmurar nada, se desvió a su casa, mientras nosotros avanzábamos a la nuestra. No veíamos algo distinto a las luces de las lámparas a través de las ventanas entreabiertas. Intenté vislumbrar las sombras de Papá o Mamá. Pero no se veía nada, ni una señal que nos advirtiera de su estado de ánimo. Ellos estaban sentados en la sala, rígidos, no con ira sino con esa expresión de ira por venir que teníamos más que cualquier otra cosa. Papá ni siquiera miró su reloj, pero la cadenilla pendía, brillante, en su chaleco y nos informaba que él conocía bien la hora. Mamá inició las preguntas. Quería saber dónde habíamos estado, por qué no habíamos pedido ayuda antes. Indagó si algo nos había ocurrido (una especie de disculpa por alejarnos tanto de la casa que ni habíamos pensado ni teníamos). Con la cara ceñuda dijo que iba a hablar con la mamá de Juan Pablo. Esa idea nos aterrizó aún más: todo el mundo, nos parecía, se enteraba de nuestra desgracia. Papá nos castigó. Cuando Mamá regresó estábamos llorando en nuestra pieza. Sin decir palabra nos llevó la comida y el alivio subyacente por haber sido ya castigados...y perdonados. Pronto regresaría todo a la normalidad.

No sé si antes o después de este pequeño suceso ocurrió lo que me interesa decirte. No tiene importancia, además, esa precisión. Tampoco entonces era muy atento a los actos y debo estar imaginando más de lo que ocurrió. Supongo que el asunto empezaría una tarde, a la salida del colegio, mientras Marcos y Juan Pablo caminaban juntos, de regreso, ¿Por que no estaba yo?, ¿estaría enfermo? No sé. Aún hoy siento algún desgarramiento cuando entiendo que ellos eran los

amigos y yo el tercero. El caso es que empezaron a contarse historias, sus fantasías. Si lo digo como el adulto que soy, estos muchachos, repletos de imágenes, desearían, como un acto de solidaridad, compartir sus universos. El hecho es que rápidamente Marcos se dejó imbuir por las palabras de Juan Pablo. Yo debí ser el primero en notarlo. Una noche, antes de dormirnos, ya entre cobijas, Marcos me miró desde su cama y me dijo la palabra: e-inater. Ni entonces, ni hoy, he querido averiguar su significado. Tal vez sea una palabra latina que designe algo trivial, como pupitre o pantalón. O una mezcla de dos palabras, o una marca de alguna loción de moda. Lo que me interesa es que la palabra está ahí: e-inater: igualmente sonora, reflectiva, iridiscente. Cuando me la dijo, claro, no sospeché de su carácter. Me dormí. El, aún estando aquí, quizás no recordaría ese instante, por demás insignificante. Yo lo dejé así, pero más luego, cuando la palabra adquirió su mínima notoriedad, la recordaría para ya nunca más olvidarla. Unos días después (¿o ese mismo día, o antes, o mucho más tarde?), pasado el almuerzo, Mamá encontró a Marcos sentado en la silla de papá. Estoy seguro que aún hoy la ves. Amplia, cómoda, rodeada de cojines y sagrada: allí descansaba papá. Generalmente permanecía vacía. Pero este día Marcos la ocupaba, pequeño en la inmensa mole de una silla para adultos, con los brazos cruzados sobre la cintura y los ojos semicerrados, obviamente imitando la pose de papá. En cualquier momento yo le pedí que saliéramos a jugar. Se negó. Me burlé de él pero eso no lo hizo cambiar de actitud. Mamá asomó al rato. Sonrió, como era del caso, al verlo, y le preguntó que hacía. "Hago la vida de papá", respondió. Fíjate que lo pongo entre comillas: eso dijo, exactamente. Mamá se asombró un poco del tono serio, algo impropio en este niño, pero no de lo que parecía la idea. Con tranquilidad, con ternura, lo conminó a volver a ser lo que era. Y él, aún más extraño, accedió de

inmediato. Marcos y yo nunca dejábamos nuestros juegos con facilidad: rechistábamos, ofendidos, así estuviéramos ya por terminar. En esta ocasión abandonó su estado con simpleza y sin molestarse. Al rato, cuando Mamá quizás ya había olvidado el suceso, nos pusimos a conversar. No sé a cambio de qué o por cuál razón me dijo lo que hacía. "Yo puedo hacer cualquier vida", me aseguró. Por supuesto yo no me asomé. Sería más correcto decir que lo envidié. A fin de cuentas había aprendido el juego más complicado e interesante: ser los otros. No puedo ser preciso en esta parte de la descripción pero quiero que me imagines, sentado en el suelo frente a él, mirándolo en silencio, deseando... deseando... poseer ese don. Entiendes, claro, que a continuación le supliqué en todas las formas posibles que me dijera cómo lo hacía. El no lo dijo.

Yo tampoco comenté nada (no recuerdo que Marcos me hubiera pedido específicamente que lo guardara en secreto, pero eso parecía lo más lógico, sobre todo si se tiene en cuenta que los afectados eran los adultos). Empecé, eso sí, a diseñar una estrategia para enterarme de los detalles. Vigilé a Marcos y por indicios (que no sé referir y que creo que no fueron muy concretos en aquel tiempo: acentos, gestos de malicia y comprensión) supe que Juan Pablo estaba implicado. Como era posible forzar a0 Marcos, que siempre fue impenetrable en sus asuntos (¿o lo sería a partir de entonces?) preferí indagar con Juan Pablo.

Antes de ello, en casa, se desarrollaba una pequeña tragedia. (Acabo de pensar que el tiempo fue muy corto y que todo lo que describo, desordenadamente, ocurrió así: apiñado, denso; no creo que todo el episodio durara más de una semana, aunque es probable que eso sea sólo una impresión y que, en perspectiva, yo esté fundiendo los sucesos de varios meses, desperdigados, pero ahora

significativos, en un orden que puede ser forzado, pero que en definitiva es más cierto, más elemental). En casa, te digo, Marcos estaba provocando una animación especial. Jugaba menos conmigo y yo, por supuesto, me quejaba, creando pequeños revuelos. Cuando todo terminó llegué a sentirme culpable del desenlace, suponiendo que había sido mi conducta, intransigente y agresiva, la que lo había provocado. Y puede ser cierto, en parte, pero estoy seguro de que fueron más importantes los otros hechos. A Mamá debió parecerle inusitado o tal vez hasta demoníaco que Marcos la enfrentara alguna vez diciéndole "no me gusta vivir así". Mamá estaba en la cocina esperando que una leche hirviera (recuerdo ese detalle porque la leche se derramó, empeorando el ambiente que ahora olía, además, a nata quemada), y se volvió hacia él sonriendo, desprevenida. "¿Vivir cómo?", le preguntó. Yo miraba la escena desde el patio, lejos. Incluso desde la entrada de Marcos yo había notado una atmósfera cargada en él y confié en que esa respuesta espontánea mejorara su ánimo. Me siento hoy tan inútil, como entonces: estaba paralizado sin atinar a hacer algo, excepto mirar. Y cuando Mamá, tras preguntarle eso, lo miró, debió sentir algo también fuerte: su sonrisa se borró y quedó expectante, tensa, ante Marcos, con sus pantalones cortos, las rodillas sucias y la camisa desordenada. "Vivir como vos", respondió él, lleno de decisión. Se quedaron callados. Aunque todo parecía una recriminación, creo que prevalecía una actitud diferente, como si él estuviera obligado a notificar este triste informe. Automáticamente Mamá se secó las manos en el delantal, pensé que iba a ponerse agresiva, pero algo debió comprender: intuyó otra cosa: no sé cómo decirte. Yo estaba lejos y lo que entendía eran los gestos y sus figuras. "La vida es difícil", se defendió. Y la leche empezó a deslizarse por el borde de la olla. Mamá aprovechó eso para salir del momento, musitando quejas. Fue de un lado a otro, trayendo un trapo, apagando el fogón, arrimando la leche al poyo.

Marcos estaba oscuro cuando le quitó la vista a Mamá y, contando sus pasos, se fue. Yo seguía inmóvil, tratando de pasar desapercibido, con miedo de tener que ingresar a ese remolino. Desde allí vi a Mamá llorar suavemente. El acto se olvidó, o por lo menos eso pareció, en unos cuantos minutos.

Lo de Raquel fue más ruidoso aunque menos dicente. Ella tenía unos diez años y posaba como adulta ante nosotros. Si bien (por obligación, puesto que éramos los únicos vecinos) accedía a jugar con nosotros de cuando en cuando, mantenía siempre una actitud altiva, clamando por todas las formas posibles que ella estaba al otro lado, con los mayores. Su familia, que recuerdo muy poco, estimularía en ella ese amaneramiento en el andar, ese placer por el acartonamiento en la palabra que se considera como elegancia y que nosotros odiábamos. Jugábamos en la acera un atardecer, cuando ella apareció (aún la veo y siento la misma violencia de entonces) vestida con sus mejores ropas. Hicimos silencio cuando se detuvo ante nosotros. Juan Pablo, y eso puede ser significativo, la miró con placidez: como si no sintiera nada y tuviera ante él un árbol o una piedra, sin mayor interés. Raquel extendió las manos. "Me pinté las uñas", dijo, acentuando la frase. "Voy a una fiesta", continuó tras una breve pausa. Su objetivo era muy claro: nos estaba dejando allí, tirados en el polvo. Marcos, en una pose que le conocía bien, se puso rígido. Ella esperaba, segura en su verdad. "Vos no vas a ninguna parte", le respondió él. Ella debió esperar algo así, porque habló de inmediato. "¿Que no?", dijo, y hubiera continuado si Marcos no la hubiese detenido. "No, no vas a ninguna parte porque estas muerta". Eso si no lo esperaba Raquel, que abrió los ojos, asustada. Marcos siguió: "de vos lo único vivo es la ropa". Ella, aunque niña, entendió una ofensa demasiado grande, ante la cual no estaba preparada y no pudo hacer más que gritar que

estábamos locos, que éramos unos niñitos, antes de irse corriendo. Más tarde, no sé en que momento, la mamá de ella visitaría nuestra casa, estaba llorando y gritando que la habíamos insultado; aunque, a su vez, apenada, no encontró salida a este y otros pequeños disgustos, y habló con papá.

Marcos y yo, claro, permanecemos ciegos a este proceso. Nos habíamos contentado con ver a Raquel azorada, huyendo sin lograr sus propósitos. Lo último que supimos fue lo de los concilios que se habían desarrollado. Nos enteramos, tras la comida, unos días después. Pienso que Papá se había enterado, cotidianamente, de las pequeñas rarezas de Marcos. Las había dejado pasar por la imposibilidad de obtener una excusa tangible que justificara la acción. A fin de cuentas no era tan grave que, de cuando en cuando, por ejemplo, no jugara conmigo. Pero aquel día su conducta había superado varios límites, de los cuales el más significativo era el de la casa. Ni Marcos ni yo sospechamos mayor cosa en la comida (aunque, recapacitando, hallé ciertos datos que eran muy claros indicio de lo venidero: Mamá no insistió en que termináramos con todo y había bocadillo veleño en vez de fruta, al lado de la leche). Cuando ya estábamos por levantarnos, papá le pidió a Marcos que esperara. El y yo nos quedamos a medio camino, ni fuera del asiento ni en él, preguntándonos que podía haber ocurrido. Inmediatamente lo sabríamos. Con seriedad Papá me preguntó a mi qué era lo que habíamos dicho a Raquel. Ninguno de los hijos de Papá le mintió nunca Papá: eso dijo siempre él, era su orgullo. Yo no podía hacerlo. Miré a Marcos.

- Ella nos mostró las uñas y nos dijo que se iba para una fiesta -balbuceé, intentando obtener tiempo para analizar la situación.

-¿Y eso es razón para insultar a una niña? -objetó de inmediato Papá.

- No le dijimos groserías -añadí yo sorprendido: ella había dicho, que la habíamos insultado.

- Entonces qué fue lo que le dijeron -ahora con un tono de franca amenaza.

Y se hizo un silencio, más o menos significativo. Marcos tomó la palabra.

- Yo le dije que estaba muerta y que lo único vivo en ella era su vestido.

Papá se relajó un instante, durante el cual miró a Mamá, como diciéndole "¿ves?". Pero Mamá tenía una expresión desolada. Papá tuvo que recapacitar para darse cuenta de la magnitud del asunto.

- Siéntense -nos dijo.

- Ya no estás jugando con tu hermano -comenzó a hilar mamá, en un tono bajo, inseguro, recriminatorio pero a la vez suplicante y, claro, con palabras preparadas de antemano-, estás diciendo cosas raras...estás ofendiendo a tus amiguitos...

Marcos bajó la mirada, la fijó en su plato, con restos de arroz desperdigados como cadáveres en un desierto. "Es Juan Pablo", estuve a punto de decir, para defenderlo. Pero me contuve. Primero, porque pensé que sí, que ahora sí estaba seguro de que era Juan Pablo. Recapacité en su tranquilidad, en su paz, en la forma alegre con la cual jugaba, distinta a la nuestra, muchachos acostumbrados a no estar nunca en

ningún sitio, siempre esforzándonos por apresar totalmente los momentos, antes de abandonarlos. Y, segundo, porque no tenía sentido inculpar a alguien más, sacar el conflicto al exterior. Hubiera sido innecesario, pues, y más ruidoso. Marcos concluyó lo mismo, aunque quizás por otras razones. Lo próximo que recuerdo de esa noche es que Papá me pidió que me fuera a mi cama. Del comedor a mi cuarto había un largo trecho y en mi pieza no podía escuchar la discusión, pero me fuí pensando que sí escucharía el llanto de Marcos cuando lo castigaran.

¿Por qué estaba yo tan seguro de que Juan Pablo estaba implicado en todo esto? Ya te dije que inicialmente eran indicios. Más tarde, al recordar, solo sé que era así. Intuía que Juan Pablo le había dado algo a Marcos, que lo había iniciado en un secreto importante y magnífico...y que por eso, ahora, Marcos cambiaba. No lo inculpaba en absoluto. Si bien ese "algo" traía problemas, era indudable que apetecía poseerlo. Sin detenerme a indagar (como tal vez lo haría hoy) el por qué no era yo partícipe del secreto, planeé una mínima táctica para comprometer a Juan Pablo. Era un tanto mezquina, confieso. Comencé a conversar con él, soltando de cuando en cuando frases que le hicieran entender que yo lo sabía todo, que me lo habían contado. Esperaba que él dedujera eso con facilidad (no pensé que pudiera molestarlo con Marcos, o no me interesó lo suficiente tal posibilidad). Por supuesto, es imposible repetir las escenas que se presentaron, la última de las cuales, cuyas minucias debo imaginar, fue la más importante.

Probablemente caminando por las calles del barrio tras algún juego, asumí una posición tan adusta como pude (metí las manos en los bolsillos; arrugué, en tanto mi cara de

niño lo permitía, la frente; ahondé la voz) y le pedí que me dijera lo de "e-inater". "Es en serio", añadí, como una amenaza. Me latía el corazón: había, hasta ese momento, asumido la posición del conocedor, pero ahora, además, reconocía mi ignorancia. El podía, simplemente, negarse a responder para, en adelante, manejar una relación de dominio con su "te lo diré si...". No sé si lo otro, lo que como un murmullo subterráneo comenzaba a sentir, fue en realidad una sensación de entonces, o se ha ido imponiendo al recuerdo, con el pasar de los años, con el convencimiento posterior, llegando a ser parte de él. El hecho es que, a la vez, tuve la sensación de que Juan Pablo era un niño y no podría, sería incapaz, de poner lo que tenía en otra persona: me diría las palabras, sí, pero eso solo no me enseñaría el juego, que -me daba cuenta- requería un estado particular, un ánimo que debía poseerse -quién sabe cómo-, en forma previa, sino que, lo que era peor, al interior relatarlo lo perdería yo para siempre. Juan Pablo me diría la verdad, sí, pero una verdad carente de fuerza, seca, que me ocultaría todo. Por eso, supongo, él estaba tan tranquilo. "E-inater es una palabra", dijo con gravedad. "La palabra explica lo que uno es en el mundo y por eso dice lo que uno tiene vivo". ¿Lo leyó?, ¿lo escucho en la radio?, ¿se lo dijeron sus otros amigos? Parecía recitarlo, como una lección de historia. No estaba convencido de su significado, ni parecía tener interés en saberlo. Pero me lo merecía. Así que la aprendí de memoria, esperando ese momento en el que yo estuviera abierto, maduro, para ese juego. Seguimos caminando, adustos, y al cabo de un rato se despidió. Algo bullía en mi: eso no podía ser "e-inater", Juan Pablo mentía o, mejor, ignoraba...Y Marcos tampoco era el dueño de la palabra. Ambos tenían algo y yo no, y ellos no se daban cuenta de que eso les permitía llegar a "e-inater". Pero no. Esta explicación fatua escondía lo que yo me negaba a reconocer, lo real.

Atravesando el corredor, para llegar a mi pieza, atento a los correazos, a su silbido y al grito de Marcos, debí recapacitar en todo. Me acosté, cobijándome todo lo que pude, tenso en mi oscuridad. Pasaría un largo rato. Al cabo, escuché los pasos de Marcos por el corredor. No había escuchado los gritos, ni regaños, ni castigo alguno. Me acurruqué, haciéndome el dormido, pero sentí una amistad intensa, un afecto vivo que llenaba todo el cuarto, cuando vi al pequeño Marcos con los hombros caídos, abriendo la puerta, en cuclillas, evitando hacer ruido. Me impresionó, como nunca, verlo quitarse las ropas a la sombra y acostarse boca arriba. Respiraba lento pero sin dulzura. "¿Te pegaron?", le pregunté de pronto, susurrando. "No", dijo él, con una voz extraña. Sentí que le habían quitado algo, que habíamos perdido algo y ya no lo recuperaríamos. Las cobijas no pudieron quitar el frío de esa noche.

3

¿He dicho demasiadas cosas? Eso creo. Lo recordé todo, así, fragmentariamente, en aquellos momentos, en la pieza de Marcos. Cuando, ya bien entrada la noche, pude situarme en el presente, como si viniera de un viaje largo, extenuante, estaba...bueno: digamos que triste. Hasta el momento no percibía la ausencia más que con ansiedad. Habrás notado que procuraba evitar el dasalojo: como si quisiera, y estuviera convencido, de que se podía mantener su espíritu entibiando los objetos que había poseído. No debes entender mal. Cuando volví del pasado supe que, si bien en aquellas cosas estaba intacto aún el significado, la presencia de un hombre ausente, era imposible contener su desaparición. ¿Escuchaste hablar de la costumbre de enterrar, al lado del cadáver, sus pertenencias, sus cosas personales? ¿Sería la forma con la cual, antes, se intentaba impedir esta otra muerte, más cercana, más nuestra?

El café se había enfriado sobre el escritorio. Decidí dormir. Quizás hubiera tomado un sorbo, pero la necesidad de mover el aire, de trastornar el sueño de ese cuarto, me impidió continuar. Todo debía permanecer allí, quieto, tornándose de nuevo en lo que antes era: madera, porcelana, metal, aroma.

Al día siguiente arreglé apresuradamente lo que había usado. Organicé las cobijas, limpié el baño, lavé los pocillos y platos que esperaban su turno. No comí en casa. Arriesgando un poco a que Eliecer y Leonor llegaran y encontraran que no había nadie aquí, salí a desayunar fuera. Era necesario. Ver la gente, hablar al mesero, observar a los vecinos tomar un café antes del trabajo, me iluminó algo, me despertó. Regresé casi a las nueve, cuando ellos ya debían estar en camino desde el aeropuerto. Pensé en lo que podía hacer, si les mostraría las listas aún sin comenzar. Asumí el papel nada comprometedor del viejo sabio que tiene soluciones para las minucias de la vida. Ni siquiera pensé en ellos, en cómo vendrían.

Debí haberlo pensado. Llevaba un rato ocupado en mis listas cuando sentí detenerse un carro a la entrada. Desde la sala los observé. Eliecer impecable, con un suéter informal y pantalones de paño; ella con su falda ancha, recatada, y un chaleco; todo de color gris, blanco o azul oscuro. Se ayudaron mutuamente con los maletines. Al irse el taxi miraron al fin la casa, con una indecisión dolorosa. Fuí a abrirles la puerta.

¿Quién era, para ellos, Marcos? Un padre ajeno, solitario, algo caprichoso. Sus relaciones podían, si mucho, catalogarse de amistosas. Tal vez fue un mal padre, después de todo. Quizás porque Leonor murió rápido y le dejó dos niños a punto de convertirse en adolescentes, de los cuales nunca

pudo apropiarse bien. Quién sabe. El hecho es que se limitó a darles lo poco que podía dar. Leonor, apenas una jovencita, me confesó que le molestaba que su padre no se interesara por sus asuntos, no le averiguara nada. Eliecer que, me parece, dejó el estudio en procura de ofender a su padre, le recriminó durante mucho tiempo el que no le hubiera presionado a continuarlos. Desde muy temprano llegaron a la conclusión de que él no los quería. ¿Cuántas veces recurrieron a ti o a mi para salir de dudas, para desahogarse, en vez de hacerlo con él? Creo que les dolía esa actitud, ese papel indiferente, que no tenía nada que sumar a la relación. Yo mismo lo discutí con Marcos alguna vez. Fue por la época en que Leonor decidió casarse. Cuando me lo dijo, se quejó agriamente de que su padre ni siquiera le había preguntado el nombre del elegido.

En alguna forma, se casaba para molestar a Marcos, para castigarlo. Cuando lo acusé de no prestarle por lo menos una mínima atención, me miró con expresión impotente. "Si se casa por eso -me dijo- está cometiendo un error con ella misma". Sus hijos, simplemente, no habían elegido un camino, sino que buscaban, desesperados con algo que no podían manejar, el cobijo y la seguridad que su padre, por fuerza, no podía darles. Pero, ¿cómo decirles que debían, por sí mismos, buscarse un camino? Ellos no lo estaban buscando y, más tarde, tampoco lo hicieron...o no supieron hacerlo, en caso de darse cuenta del error.

Se separaron de su padre a edad muy temprana. Lograron estabilizarse. Poco a poco me iba enterando yo de cómo obtenían su ingreso a la rutina. Se cruzaban con su padre llamadas, telegramas, recuerdos de cumpleaños. Y nada más. Marcos nunca evidenció que esto le doliera. "Viven una vida muy rara -me dijo alguna vez de ellos-, como si no quisieran...que digo, como amurallándose".

Los abracé al entrar, sintiendo la necesidad de contarles todo, de hacerlos entender. Eliecer, modulando la voz a la medida de las circunstancias, me detuvo. "No sufrió mucho...¿no es así?". Me di cuenta de la intención: sí, había sufrido mucho; era mejor para él, para nosotros, que hubiera muerto. Acepté como siempre se acepta en estos casos, y adopté mi papel de improvisado anfitrión. Recorrimos la casa, terminamos el improvisado resumen de sus pertenencias, incluso en uno que otro momento nos detuvimos con alegría ante anécdotas que aparecían tras los muebles, en algún daño sin reparar, o en los juguetes que Marcos guardó, por alguna razón misteriosa, durante tanto tiempo. Se trataba de encontrar ocupación para la mente, de hallar excusas para evadir el reencuentro.

Durante la tarde fueron hablándome de sus vidas. Los hijos, las luchas, el trabajo, los pequeños logros, las nuevas posesiones. Eliecer había dejado el cigarrillo y planeaba dedicarse más a sus hijas. Irían a la playa en las próximas vacaciones. Ellas, claro, se habían vuelto cada día más caprichosas con el vestido y tenían sus primeros pretendientes. Leonor había decidido separarse de Humberto, con serenidad, como adultos; incluso, por lo menos por un tiempo, seguirían compartiendo la casa. Pensaba viajar en navidad, hasta de pronto iría a Grecia, el sueño de su vida. Quería acercarse más a sí misma.

Poco a poco nos fuimos quedando sin escondites. Habían bebido algo, discretamente, para poder enfrentar la noche. En la cena, fuera de casa, claro, ya estaban expansivos, tranquilos, posesionados de sus papeles, apenas un poco trastornados por la muerte. Con nuestros perfumes, nuestro luto, la expresión grave y nostálgica, semejábamos una familia en la cual ya todo esta decidido y cumplido.

- Es extraño -dijo Eliecer- lo que se siente. Se pierde mucho. Sabíamos que estaba aquí, que se movía de cuando en cuando, que a veces nos recordaba. No era mucho. Pero ahí estaba. Y ahora no. Mañana todo será igual, pero con algo menos, con un vacío.

Recogió su vaso para sorber, como si quisiera ocuparse en algo menos doloroso. Pensé que allí, alejados de lo inmediato del recuerdo, empezarían a entender. Eso me animó.

- Marcos siempre fue muy solitario -les dije, tratando de encontrar un camino-; era difícil de entender.

La música blanda, pegajosa, que acostumbraban colocar en los restaurantes, se resbalaba encima de la mesa. Eliecer seguía el ritmo con los dedos. Leonor la tarareaba, muy seria pero irregularmente, y así, ensimismada es sus angustias, me miró.

-Yo misma sufrí por eso. Hubiera querido otro padre -se asustó al decirlo-. Con el tiempo una comprende - se disculpa de inmediato-, En cierta forma era su manera de ser. Apenas en estos años se entiende. Sentía afecto por él...de pronto muy tarde.

Callamos por un rato. No quise continuar. Por un lado, ¿Qué podía contarles? El asunto parecería una excusa extemporánea. Por otro lado, ellos no tenían buenos recuerdos, no comprendían, y nadie allí aceptaría, realmente, una reconciliación tardía. En el silencio, actuamos con dureza, incómodos.

-Vivía en otro mundo -dijo, por fin, Eliecer, como si él hubiera descubierto lo realmente esencial en su padre y

podiera ya descansar tranquilo-. Se mantenía alejado de todo...le huía a la vida.

-¿Sería por Mamá? -murmuró Leonor, como si apenas se le ocurriera la idea-. La quiso mucho.

Marina -pensé yo-. Su exquisita presencia, su preocupación incesante por el orden, por la ropa, por los vecinos, por el jardín.

-Ustedes heredaron la forma de ser de ella -les dije, dolido, aceptando lo que dijera Leonor.

-Sí -sonrió Eliecer-; en otra forma hubiéramos sido medio fantasmas.

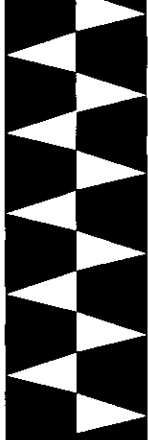
A fin de cuentas, pienso ahora, estaban en lo cierto. Ella era la que les había enseñado a competir en este mundo, la que los había convertido en seres útiles. Tú y yo también tenemos nuestra parte en ello. Porque, ¿qué somos nosotros de la realidad? Sabemos vivir nuestras obligaciones, sabemos dar, sabemos pedir, sabemos perder. Estamos hechos precisamente para lo que somos."

Conversamos otras cosas. Recordamos. Al cabo de un rato supe que habían reservado habitaciones en un hotel. Así que por la noche, de nuevo solo, me dirigí a la casa. Sin poder dormir, empaqué algunos objetos, organicé otros para guardar al día siguiente.

"E-inater -pensé en mi insomnio-, ¿qué será?, ¿dónde estará hoy Juan Pablo?, ¿existirá, luego de que yo quemé todos estos papeles, algún otro testimonio de la palabra?"

Vuelvo a recordar aquella noche en Manizales. ¿Qué le habrán dicho nuestros padres a Marcos? ¿Qué fue realmente

lo que ocurrió? No sé. No sé. Pero todo está muy cerca, muy cerca, siento. Tal vez se pueda...talvez podría encontrar la respuesta, aún después de tantos años.



SALON JUPITER

Por

Julio Alberto Paredes Castro

Julio Alberto Paredes C.

Nació en Santafé de Bogotá en 1957.

Realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de los Andes.

Ganador de dos becas de Colcultura para Creación Literaria en la modalidad de cuento. Ha publicado "Salón Júpiter y otros cuentos" en 1994.

En la actualidad se desempeña como editor en Editorial Norma en Santafé de Bogotá.

Para Anne Rice

"A través de un trato continuado con los espíritus de Júpiter, me fue manifestado que tenían una mejor disposición de ánimo que el resto de los espíritus de todos los demás planetas; su acercamiento y su estancia conmigo y la influencia que desplegaron en aquel tiempo fueron tan agradables y complacientes que es imposible de expresar."
INMANUEL SWEDENBORG, *De planetas y Angeles*

Al principio vi sólo una sombra. La comparé a una de esas difusas figuras que insisten en poblar mis últimos sueños, esa especie reciente y desconocida distorsión nocturna donde parecen haberse liberado fuerzas sin orden y que, como en una emboscada, me dejan, ya en la vigilia, agobiado por un desesperado estupor. Tal vez fuera la manera como se acercó hasta la barra o el tono de las luces que iluminaron sus pasos un poco indecisos mientras esquivaba las parejas que bailaban en el centro de la pista. No pude afirmar con seguridad que la aparición de Carlos llegaba con algunos años de anticipación o si, por el contrario, se revelaba con un retraso que me hacía dudar de su autenticidad. Lo seguí con los ojos hasta que se acomodó en una de las sillas y confié en que de inmediato la escena entrara en la zona indeterminada de las pesadillas para así poder desecharla

con un simple movimiento del cuerpo o la voluntad. Sonreí con la idea, con el hecho de que la súbita presencia de Carlos en el Salón Júpiter se ajustaba a la ficción que muchas veces inventé y que, gracias a sus leyes arbitrarias, permitiría la irrupción de un personaje, como por ejemplo Lestat, arrollador y temible. Pero Carlos era algo más que un común signo de la nostalgia de lectura abandonadas mucho tiempo atrás. Carlos, o el tipo que en ese instante se recostaba contra la barra, era real y por fin me había encontrado.

Me dio la espalda y me entretuve con la inmediata posición que adoptó, consciente de la teatralidad y deliberación que le impuso al sencillo acto de levantar la copa y vaciarla con un veloz sorbo. Pensé que con un esfuerzo podía sentir felicidad por su llegada que cerraba definitivamente la larga cadena de eventos iniciados hacía más de ocho años. Sin embargo me desconcertó la farsa con la que inició su presentación, como si quisiera insinuar que la vía que iba a seguir el reencuentro de esa noche tendría la dirección de un oscuro presentimiento. Me sorprendí con la impasible exhibición de Carlos, no sólo por el hecho de que me ignorara consciente de mi presencia sino porque siempre lo había recordado como un tipo directo, aplicado en su desprecio por las antesalas innecesarias.

Con un rápido movimiento de cabeza Carlos se negó a la invitación que le hacía una de las mujeres que atendían en el salón. La mujer, Catalina, vestida con un "body" negro adornado con lentejuelas, colocó con estudiada naturalidad el brazo sobre el hombro de Carlos y esperó a que le encendiera el cigarrillo que acababa de ofrecerle. Catalina pareció insistir en la invitación pero después de pasar con suavidad la mano sobre la cabeza de Carlos, acomodándole el cabello, regresó a los sillones donde las otras mujeres esperaban a su vez que alguno se acercara y las sacara a

bailar. Como todas las noches, siempre había una o dos que, con un cigarrillo olvidado entre los dedos, reproducían como un hábito ya aprendido la desanimada mirada, sin foco, del que desconfía de los presagios y las sorpresas. Miré a Carlos que observaba con atención el grupo acomodado de una de las esquinas del salón y vi que seguía el ritmo de la música con la punta de un pie, parecía un tipo contento y sin mortificaciones.

Me cambié de silla para vigilar mejor los movimientos de Carlos y buscar su perfil. Nada parecía empujarlo a la urgencia de concluir de inmediato el encuentro o la disputa tantas veces esperados. La noche acababa de comenzar y no era difícil adivinar que Carlos sabía que yo no me movería de la mesa. Busqué en el bolsillo de la chaqueta la libreta que utilizaba como agenda y donde, desde mi primera noche en el Salón Júpiter, llevaba algunos apuntes y, aunque en su totalidad se habían convertido en un cúmulo de fragmentos desarraigados, desperdigados al azar, cumplían con la función, cada vez más necesaria, de mantenerme en equilibrio. Revisé una vez más los recortes de periódico que había pegado en la solapa de atrás. Los guardaba como si atesorara las oraciones de una devoción a la que me impulsó Carlos y que confirmaban además que no era reciente el día cuando Carlos descubrió mi paradero. Separados en las fechas por casi tres años los recortes anunciaban la muerte de Simón González y Guillermo Torres. El primero, extraído de la página judicial de un diario local de Los Angeles, comentaba el asesinato de Simón en circunstancias oscuras. Según aclaraba la nota, Simón, identificado como un próspero comerciante colombiano, no presentaba antecedentes penales y en la escena del crimen no hubo signos de violencia. Las autoridades, concluía la breve nota, no tenían pistas sobre los verdaderos motivos aunque

sospechaban vínculos con el narcotráfico. Volvió a sorprenderme la candidez con la que la nombrada autoridad siempre encontraba parentescos, sin excusa, con el estigma de la droga. El segundo recorte tenía la concisión y frialdad de la invitación a unas exequias. Nunca supe cómo había acabado Torres pero con seguridad los elementos del episodio de su muerte no tendrían diferencias esenciales con los de la de Simón. Durante todos esos años, más de seis, esperé con temor a que llegara el siguiente y último mensaje con el informe de la desaparición de Sofía, completando así el trío que colaboró conmigo para estafar a Carlos.

En algún momento me confundió la muda necesidad de Carlos por escogerme como el último destinatario de su venganza. Ignoraba cuál era o había sido la cuota que tendría que pagar Sofía, pero con el tiempo acabé por comprender que ni Torres ni Simón habían quebrantado una ley fundamental para Carlos. Estaba convencido de que los había eliminado por el simple hecho de haber tomado parte en el engaño, como se elimina o extirpa una pequeña parte enferma que impide restaurar la totalidad del cuerpo pero que no llega a ser mortal. Todo indicaba que Carlos había decidido que mi muerte pertenecía a otra categoría y que no era sólo una molesta y elemental desilusión de segunda. Observé su cuerpo echado levemente hacia adelante, los codos sobre el borde de cuero de la barra, la mirada atenta a la pequeña copa que brillaba bajo los focos de la luz roja y me sobresaltó la idea de que Carlos llevara guardado en alguno de los bolsillos la noticia sobre la muerte de Sofía. Recordé que más de una vez sentí compasión por la exaltación con la que Carlos se unió a nosotros, por el sueño de la entrega perfecta y tal vez pura con el que había pretendido seducir a Sofía, impulsado por una forma de amor que consideraba sólo suya pero que al mismo tiempo Sofía y yo planeábamos arrebatar.

Revisé de nuevo la libreta y busqué entre las páginas algún comentario sobre Sofía, alguna frase que reafirmara la vivacidad que siempre puso en sus actos, la permanente manifestación de alegría que había quedado suspendida en mi memoria, impresa sobre la blanda corteza de mi cerebro como una marca al rojo vivo y que todavía me sacudía. Dudé que encontrara algo en esa especie de maniática contabilidad que registraba con detalle cada una de las noches de mi recorrido por el Salón Júpiter. Desconfié en concederme el suficiente talento para haber escrito algo veraz y sincero sobre la noche cuando de manera involuntaria encontramos con Sofía que la idea de nuestro amor era insuficiente y estéril. Nuestra separación fue una ruptura de la que ninguno de los dos temió algún efecto devastador, como si en el fondo tuviéramos la convicción de que el hecho que nos unió al final fue la conspiración contra Carlos y como si el objeto del cariño que tuvimos hubiera sido herir su devoción cruelmente.

Miré a Carlos y pensé que si alguno por casualidad me preguntaba si aceptaría el desprecio suyo por venir mi respuesta sería, sin dudarle, afirmativa. Inventé una posible reconstrucción del día cuando desaparecimos, dejándolo en su apartamento mientras nos esperaba para hacer un viaje de fin de semana a tierra caliente. Es muy probable que sus rasgos hayan quedado de inmediato petrificados cuando descubrió la incuestionable verdad de nuestro juego. Tal vez haya extendido más de una vez los brazos, con la boca abierta y sin sonido, buscando con los ojos llorosos dónde dar la patada o el puño, derribado por la imposibilidad de recomponer la ruina en la que había quedado su inmediata historia personal. Inevitablemente los días de su conmoción tendrían que coincidir, simultáneos y terribles, con los de nuestro desinterés y celebración. Tanto Sofía como yo, y

Torres y Simón, nos divertimos con la dimensión que pudo alcanzar el desconcierto de Carlos, alegres con nuestro último golpe de talento. Si por alguna arbitrariedad cronológica se nos hubiera revelado en esos instantes que la segunda parte de nuestra estafa nos conduciría sin remedio a ser el blanco de la tarea fatal de Carlos, hubiéramos soltado una carcajada unánime, incrédulos, enamorados de nuestra representación, con la fácil irresponsabilidad que rige la confianza en una vida apartada de la idea de la muerte.

Me inquietó la ocurrencia de que Sofía estuviera muerta o que Carlos le hubiera infligido un castigo exagerado. Aunque habían transcurrido casi cuatro años desde que perdí su rastro, el recuerdo de la dicha al lado de Sofía aún seguía vigente para mí. Tal vez Carlos concentrara su venganza en la pérdida de la posibilidad de esa misma dicha. Recordé de repente una dulce serie de caricias de Sofía, la forma como enredaba su índice en mi pelo, la manera como parecía ofrecerme las manos para que besara las palmas y mordiera con suavidad los nudillos de sus dedos, y pensé si Carlos también había delineado su deseo por Sofía bajo las mismas marcas del mío. Lo vi jugar con la copa, fumando sin soltar el cigarrillo de la comisura de los labios, y no me sorprendió la precisión implacable de la lógica que venía a unirnos de nuevo en esa noche. Durante más de un año, unos ocho años atrás, yo había jugado sin temor con su lealtad y había contribuido, consciente de mi impostura, a fortalecer su amor por Sofía sin dudar de su franqueza. Nunca me arrepentí aunque no se tratara de un papel sencillo ni divertido de representar. Más de una vez confesamos con Sofía un poco de lástima y hasta vergüenza por el tipo de personaje que tuvo que encarnar Carlos, reducido a la brutalidad de asumir, como en un sainete inclemente, el disfraz de un bastardo. No supe con certeza si Sofía en algún momento me propuso que renunciáramos

a la simulación y fuéramos sinceros pero, como más de una vez había escuchado decir, era difícil encontrar a una persona que, a pesar de estar sumida en alguna agonía particular, no estuviera siempre en escena y con verdaderos deseos de renunciar a su papel. Esa noche Carlos también traía preparada una exhibición especial y yo estaba dispuesto a amoldarme a sus necesidades.

Dejé de mirarlo y guardé la libreta. Hubiera podido apuntar que esa misma noche quedaría irremediabilmente solo pero me pareció exagerado, con la grandilocuencia del que escribe una memoria para que los que la lean le concedan un tipo de exigencia espiritual propia de los iluminados. Pedí otra cerveza y me entretuve con las parejas que bailaban. Las mujeres se dejaban abrazar con desinterés, sin atender a la música o a los secretos que en algún momento les dirigían los casuales compañeros de baile. Una vez terminada la canción la gran mayoría se reagrupaba de inmediato en la esquina de la pista de baile de donde habían salido como si se vieran impelidas por la sobrecarga de un imán. Siempre me pareció un grupo femenino que, por una pesarosa suerte, recibía la invitación a un baile donde además de desvertirse y ponerse un disfraz cada una tenía que ser indulgente ante cualquier arbitrariedad y conceder la fantasía de la ternura o simular benevolencia ante las exaltadas penas de cualquier borracho. Volví a mirar a Catalina en el centro de la pista. Había llegado hacía poco tiempo al salón y aunque su maravilla renovó casi de inmediato la alegría del lugar no había podido sustituir del todo la especie de sortilegio que desató en todo el Salón Júpiter la fugaz aparición de Kiki.

Con el recuerdo de Kiki tuve el repentino impulso de levantarme y acercarme hasta Carlos para invitarlo a que me acompañara. Supuse que podría ser oportuno iniciar el

reencuentro con la presentación de la efusiva imagen que siempre elaboré de Kiki. Nunca creí que exagerara cuando consideré a Kiki como un ser de un género extinguido tanto fuera como dentro del Salón Júpiter. Habría que hacer un insensato censo a lo largo de toda esta desastrosa ciudad para encontrar un equivalente suyo. Cuando desapareció, este lugar se transformó, durante mucho tiempo, en una zona despoblada e irreal. Tal vez Carlos también se viera arrastrado por la precisa imagen de su cuerpo, por el cabello castaño oscuro y rojizo, los ojos vagamente rasgados y con los párpados siempre un poco hinchados como si no consiguiera salir de un sueño agitado. Era probable que Carlos encontrara seductora la actitud ingobernable de Kiki cuando algún tipo decidía bailar con ella, sudoroso y torpe desde el primer momento que la tomaba de la mano, moviéndose con dificultad sin descifrar su paso, agobiado por la vergüenza que se ensañaba con su incapacidad evidente por convencerse que esa clase de belleza que tenía a su lado, displicente y errática en apariencia, con la inquietante materia de sus miembros y gestos, pudiera entrar y pertenecer a un espacio donde el insulto simple se consideraba la forma más inteligente de seducción. Nunca encontré el tipo capaz de sostener la mirada de Kiki como si todos temieran que en cualquier momento caerían fulminados y sin poder explicar el vacío que los paralizaba.

Kiki fue un adorno para el Salón Júpiter, una forma de alucinación que nadie se atrevió a definir pero que a muchos nos concedió un sueño personal y alentador. Siempre supe que no podría enamorarme de Kiki pero la hubiera amado con mayor convencimiento y mejor disposición que a Sofía. Una noche un muchachito, cargado con un número excesivo de cadenas y esclavas de oro, entró en el salón acompañado por cuatro hombres más. Recordé que caminó por todo el salón como una sombra maléfica, con la sonrisita de asesino

a sangre fría. No era difícil comprobar que se trataba de uno de tantos bufones violentos e infantiles ennegrecido por el engañoso y temible poder que otorga un fajo de billetes recién adquirido. Fue pasmosa la manera inmediata como Kiki se volcó sobre la mesa donde esa especie de pájaro nocturno, vestido con camisa de seda brillante, se sentó con su grupo. Por primera vez, en mucho tiempo, Kiki aceptó la invitación de salir con el odioso infante. Nunca se pudo comprobar si el niño y sus acompañantes con rostro de caricatura fueron culpables de la definitiva desaparición de Kiki. Sin embargo, días antes de la última noche pudimos verla, llegó golpeada y durante una semana seguida se mantuvo borracha, guiada por insultos incoherentes, con la expresión brusca y seca del que descubre, como si atravesara un espejo, que el amor sólo sirve como estrategia para aislar la soledad. Carlos miró por primera vez hacia la mesa y con parsimonia se separó de la barra. Mientras caminaba hacia mí observé que su cuerpo había cambiado como si con el tiempo hubiera adquirido nuevos atributos, la armonía que puede dar una paciente concentración para encontrar el exacto equilibrio entre los miembros. Se sentó sin saludar y no cambió la rigidez de la boca. Busqué un indicio en los rasgos de Carlos que confirmara y diera crédito a mi sospecha de su indudable viaje al infierno. Llevaba el cabello muy corto y una profunda línea horizontal cruzaba toda su frente.

Carlos también me observó con detenimiento, con el evidente esfuerzo del que quiere imponer, sin tener que abrir la boca, la irritación o el desdén. Sabía que quería burlarse, acudir a la táctica de la media sonrisa con la que podía verificar el irrefutable fracaso de mis múltiples intentos por esconderme. Supe que con un sencillo y rápido movimiento de la mano podía eliminarme. Imaginé el arma

escondida bajo su chaqueta, tibia y apretando levemente sus costillas. Casi no parpadeaba y comprobé que él, al mismo tiempo, buscaba recomponer los olvidados ángulos de mi cara. Bebió sin afán de la copa que había llevado consigo a la mesa y no demostró estar dispuesto a dejar de mirarme. Era evidente que estaba a la espera de descubrir el deterioro de mi semblante, atento a las posibles y disimuladas marcas que habría dejado un destrozo interior, los puntos muertos de mi piel que ya ni la fe o la pureza de un amor inesperado lograrían renovar. Suspiró y por fin bajó la mirada, tal vez comprobando en silencio que la máscara que tenía en frente correspondía con exactitud al valioso fragmento que completaba el tesoro y recompensaba sus años de búsqueda.

Por un momento estuve tentado a recibirlo con una frase hecha como "lo estaba esperando" o "sabría que vendría" para seguir y complementar el tipo de entreacto con el que Carlos había iniciado su llegada al salón.

-Quiere tomar algo más? -decidí preguntar cuando terminó lo que quedaba en la copa.

No contestó de inmediato y se entretuvo un rato con las parejas que bailaban. Comprendí que seguía con el disimulo, con el estudiado y lento despliegue de su aparición. Quise saber, observando su perfil, si Carlos deseaba que yo hubiera reaccionado con una sacudida, optando por encontrar una salida de emergencia y desaparecer, concediéndole así la prueba del miedo y la vergüenza. Pensé que lo tomaba por sorpresa la tranquilidad de mi recibimiento y supuso que el prelude lo decepcionaba, dejándolo un poco vacilante, sin el entusiasmo suficiente para formular con fe y aplomo los primeros insultos o golpes.

No esperé a que contestara a mi invitación y levantando la mano llamé a Miguel que atendía en la barra. Carlos aceptó la cerveza y bebimos los primeros sorbos en silencio, atentos al ritmo de la música, a los cuerpos en el centro de la pista, como dos compañeros de oficina que aguardan a que el alcohol haga efecto para poder entrar con confianza en los chistes o las anécdotas comunes o secretas.

Carlos habló como si retomara el hilo de una conversación interrumpida sólo por algunos momentos. No cambió de tono de voz y la manera como manejó los términos de su monólogo me confirmó que a su pensamiento lo guiaba una coherencia firme y decidida. En algún momento pensé que reproducía el dictamen de una voz inaudible para mí.

No me convencí de que se habían ido hasta después de unos tres o cuatro días, lo que en principio parece ridículo -comenzó a decir, sin mirarme, esforzándose por controlar la correcta distribución de aire entre las palabras-. Decidí viajar a la casa que habíamos alquilado y permanecí allí durante más de seis meses. Sin moverme, sin hacer nada. Intenté leer algunas cosas pero de inmediato las olvidaba, como un niño al que se le evaporan los recuerdos más inmediatos - esperó un momento y aclaró con el comienzo de una sonrisa: esa es una de las pocas frases que pude retener en la memoria. En algún momento tuve que regresar a Bogotá y acompañar a mi papá que acababa de sufrir una especie de congestión bronquial, nada grave en definitiva. Cuando salió de la clínica y estaba fuera de peligro regresé a la casa y empecé a considerar si existía alguna forma real de venganza, un medio que me sirviera para, diciéndolo con otra frase, escapar de la humillación.

Se detuvo un momento y encendió sin afán un cigarrillo. Dio dos largas chupadas y lanzó con fuerza el humo hacia un lado.

Quería medir también -continuó y descubrí un leve temblor en la mano que sostenía el cigarrillo- si mi inmovilidad podía ser una forma de cobardía. Durante algún tiempo mi hermana María insistió en sus visitas a la casa pero todos sus esfuerzos por entender la especie de fatiga en la que había entrado fueron inútiles. Pasaron varios meses antes de encontrar el medio más eficaz. La indagación fue larga. No le voy a mencionar lo que hice o cómo lo hice. No me interesa que usted lo sepa o lo haya imaginado, como tampoco me importa saber que encontró el mejor refugio en este salón.

Dejó de hablar y apagó con fuerza lo que quedaba del cigarrillo contra el cenicero. Deduje que las últimas palabras que acababa de soltar cumplían con una orden que Carlos se había fijado para cuando me encontrara. No dejó de desconcertarme el hecho de que estuviéramos hablando o, mejor, que Carlos invirtiera tiempo en esa larga secuencia de palabras, con aclaraciones tan particulares como las del padre enfermo o las preocupaciones de una de sus hermanas. Parecía haberse adueñado del lapso que todavía nos separaba del último acto, que era lo único que le daba sentido a su aparición y jugaba a hacer con esos minutos lo que le diera la gana aunque no fuera importante para ninguno de los dos.

Le confieso que estuve tentado a buscar un par de sicarios -continuó, alzando la voz y me echó una rápida mirada como si esperara un gesto de burla por lo que acababa de decir-. Nada extraordinario para este país afirmó después de un sorbo de cerveza. Se aclaró la voz y observé que dudaba. Se pasó las manos por la frente y los ojos, presionando con fuerza sobre los lagrimales. Pensé que había perdido el impulso manifestado al principio o que ya no le importaba añadir términos al discurso. Estuve tentado a decirle que no quería seguir escuchándolo, esperando a que continuara

con una explicación de una historia que ya no tenía sentido después de lo que había pasado con Torres y Simón, y tal vez, con Sofía. Sin embargo las siguientes frases las moduló con mayor vehemencia.

Tampoco me importa si le parece ridículo o insignificante que durante esos días haya tenido la necesidad de saber la razón por la que me estafaron con tanta determinación. No fue sólo por la plata sino por la idea de que ustedes me hubieran escogido por mis buenas inclinaciones de espíritu y corazón, un tipo de carácter angélico que reflejaba en la mirada la inocencia perfecta e involuntaria, inclinado siempre a la generosidad o cualquier otra mierda. No creo que ni Guillermo ni Simón entendieran lo que estoy diciendo, claro que no tengo la plena seguridad de que un hijo de perra como usted pueda a su vez comprenderlo.

No pude evitar una pequeña sonrisa. El insulto me pareció exagerado, poco espontáneo, pero sabía que Carlos lo había tenido escondido en la mente y sólo esperaba el momento propicio para lanzarlo. Imaginé que vendrían más, tal vez mejor elaborados, dichos de tal forma que la ofensa me lastimara verdaderamente. Miré de nuevo su perfil, el débil destello del ojo entretenido con las parejas que se separaban y buscaban cada una su sitio correspondiente en el salón. Me confundía un poco el hecho de que Sofía quedara por fuera de la historia. Era probable que el recuerdo de ese otro protagonista constriñera a Carlos a una tarea fastidiosa como separar los desperdicios de un basurero. Sentí ganas de ir al baño pero no quise levantarme. Miguel continuaba vigilándonos desde la barra y una vez más le hice un gesto con la cabeza para indicarle que todo estaba bien. Carlos me miró de nuevo fijamente y echó el cuerpo hacia adelante, colocando los codos sobre la mesa y entrelazando las manos. Creí que se acomodaba para escuchar la parte de

interpretación que me correspondía a mí en la historia pero los dos sabíamos que yo no tenía nada que decir. Procuré mantener con la misma decisión su mirada pero después de unos segundos Carlos volteó los ojos y miró a la pared que tenía a mis espaldas.

-No vale la pena seguir hablando -comentó sin moverse, como si acabara de leer mi pensamiento y de nuevo me hizo pensar en Lestat.

- Yo vivo aquí cerca -dije después de que transcurrieran dos canciones. La frase me salió sin que la hubiera planeado. Carlos no pareció escucharme o no quiso demostrar que mi parca invitación lo tomaba por sorpresa.

Pagué por los dos y me despedí de Miguel asegurándole que nos veíamos la siguiente noche. Antes de salir busqué a Catalina y después de un beso le dije que no se portara mal. Caminamos en silencio por el par de calles que nos separaban del apartamento. A excepción de dos porteros que me reconocieron no nos cruzamos con nadie.

Seguía sin comprender la razón por la que llevaba a Carlos a mi apartamento pero lo que en realidad me sorprendió fue la docilidad con la que se dejó guiar. No estaba borracho y deduje que a él también le gustaba la idea de haber encontrado el sitio perfecto para concluir con el ajuste tantos años imaginado.

Cuando encendí la luz del cuarto que hacía de sala y comedor encontré que sus medidas parecían insignificantes como escenario no sólo para lo que sucedería de ahí en adelante sino para cualquier otro episodio importante. Carlos caminó por el salón sin fijarse en nada, indeciso en dónde sentarse. Después que regresé del baño aceptó la

mitad de la única cerveza que había encontrado en la nevera y se acomodó en una de las sillas de la mesa del comedor. Con cierto temor esperé a que Carlos no se fijara en la foto que tenía puesta en una pequeña repisa clavada a la pared. Sofía, con gafas oscuras, un pantalón a rayas verticales, descalza y con una camiseta sin mangas, se colgaba de mi cuello con los dos brazos para darme un beso en la mejilla. Yo miraba hacia la cámara, inclinando un poco la cabeza hacia adelante y con una sonrisa que preludiaba una fuerte carcajada. La fotografía la había tomado Simón en una playa cerca a Cartagena, pocos meses después de abandonar a Carlos.

De repente, y como si continuara con la función dramática que había empezado a protagonizar desde la entrada al Salón Júpiter, Carlos colocó sobre la mesa un reluciente revólver calibre 38. Lo cubrió un rato con la mano y sin dejar de observarlo lo movió en círculos como si jugara, con un poco de descuido, con un insecto patas arriba.

-Para mí -empezó a decir, sin hablarme, después de una prolongada pausa en la que sólo quedó el roce del metal sobre el plástico del mantel- todas las formas de morir son estúpidas. Un accidente, un fusilamiento, una bomba, una larga e insoportable tortura -movió la cabeza y alzó los ojos para mirarme-. Eso es algo que tengo que agradecerle a usted y, por qué no, a Sofía. Nada justifica que un hombre mate a otro, ni siquiera el odio. Sin embargo cuando estuve encerrado en esa casa, que terminé por comprar y recorrí sus límites comprobé que en este país esa es una ley que muy pocos consideran digna de venerar, es como si el que la siguiera sufriera de algún tipo de anomalía en el cerebro o el corazón.

Hizo otra pausa y continuó jugando con el arma. Se humedeció los labios con la cerveza y encendió otro cigarrillo. Sentí un fuerte dolor en la cintura y me temblaron por unos segundos las piernas. Carlos volvió a mover la cabeza, como si respondiera con una negativa a un pensamiento inoportuno y me miró sonriente.

-Con seguridad usted cree que todo esto es producto de una crisis religiosa o algo por el estilo -me dijo mientras tomaba y levantaba el revólver examinándolo sin sorpresa.

-Y Sofía? -me atreví a preguntar.

Carlos quedó inmóvil y frunció las cejas. Se levantó con un salto y sin que yo alcanzara a reaccionar me puso la punta del arma en el centro de la frente. Respiró con fuerza, como perdiendo el aire y me empujó la cabeza hacia atrás con el cañón.

Me asustó, más que el hecho de morir, entender la dimensión de su sufrimiento. Los pasos por los que había tenido que transcurrir su venganza hasta enquistarse, cobijándola con cuidado para que no desapareciera. Vi el bulto de su cuerpo y sabía que no me equivocaba al pensar que Carlos había invertido más ardor, mayores riesgos e irresponsabilidad, cuando necesitó ajustar esta cuenta que cuando vivió con la seguridad de nuestro amor y amistad eternos. Me hizo recordar a Kiki, convencida de que sólo podía amar a quien la considerara inalcanzable, la hiciera sufrir o que ella destruyera. Esperé el golpe seco del gatillo y supuse que yo también me hubiera dejado arrastrar por la potencia de la rabia, tal vez feliz con la sensación de que mi corazón no fuera en adelante más que un oscuro músculo bombeando desencanto, un dispositivo especial que le diera a mi vocabulario y voluntad un filo perdurable y áspero.

Me desesperé la prolongada pausa e ignoré lo que esperaba Carlos. De repente me saltó la idea de que en el reducido espacio que ocupaba el pequeño círculo del cañón se acumulaba la imagen total de los últimos años de mi existencia. No supe interpretar el sentido de ese pasado que me caía encima, si lo añoraba o lo considera importante para recuperarlo pero dije, como si repitiera la línea de un guión:

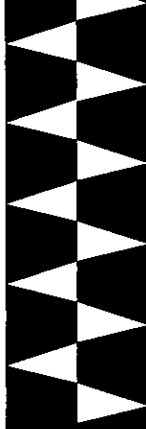
-Todavía pienso que quiero vivir...crear en la felicidad y todo eso...

Descubrí un nuevo temblor en la mano de Carlos, como le había temblado en el Salón Júpiter, y me di cuenta de que lloraba, sin hacer ruido, sin proponérmelo, sin ningún sentido secreto de súplica o ruego. Me parecieron excesivos los minutos que pasaban y me sorprendí con el sabor salado de las lágrimas. Carlos bajó el arma y durante un momento apuntó primero a mi boca y después, tomando el arma con las dos manos, hacia mi pecho, dirigiéndola al costado izquierdo. Me pareció un acto absurdo, poco verosímil, como si Carlos repitiera de manera inconsciente la señal de una bendición que acompañaba los misterios de un rito desaparecido, limitado por un sentimiento errático como el de no saber si el dios al que le ofrecía el sacrificio existía o no le importaba la ofrenda. Carlos me observaba sin dejar de fruncir las cejas, con grandes perlas de sudor sobre la profunda marca de su frente. Casi sin moverme me limpié la nariz con el dorso de la mano y como si me despertara súbitamente distinguí algunos ruidos de la calle. Muy lejos un perro ladraba sin descanso y sobre la avenida que quedaba a media cuadra del apartamento los carros no dejaban de pasar.

-Encontré a Sofía hace unos tres años -dijo por fin sin dejar de apuntarme-. Igual de hermosa. Me concedió una especie de recompensa, una indulgencia, decía ella, y vivió conmigo

durante un año. Estuve feliz, ella también. Pero, como le sucedió a usted, no tuve la suficiente ambición para que se enamorara. Ya ve, Marcos, todo termina siendo una historia común y corriente, no hay misterios, nadie, para terminar otra frase, pende del abismo a menos que lo único que le quede sea la muerte.

Colocó de nuevo el revólver sobre mi frente pero enseguida bajó las manos y levantó la cabeza como si buscara otra vez el origen de esa voz prohibida para mí. Se pasó la mano libre sobre la boca y suspiró dejando salir al aire con fuerza por la nariz. Traté de controlar la picada que me atenazaba el cuello y observándolo imaginé una vez más que recibía la visita de un personaje que algún autor ya olvidado había esbozado, semejante a la sombra de un ángel para que yo jugara con el simulacro de su terrible presencia. Antes de que pudiera hacer un cálculo claro de los años donde parecían cruzarse mi vida con Sofía y la suya, Carlos me miró y con un fuerte y decidido movimiento de su brazo me golpeó con el revólver en el pómulo derecho. Caí de espaldas y cuando ya entraba en la inconsciencia alcancé a sentir el dolor que me dejaba la poderosa patada con la que Carlos quiso sellarme la boca para siempre.



DIFRACCION

Por
Angel Galeano H.

Angel Galeano H.

Nació en Santafé de Bogotá en 1947.

Realizó estudios de Ingeniería Eléctrica en la Universidad Nacional.

Ganó el Premio nacional de Cuento Carlos Castro Saavedra en 1993, y ese mismo año, obtuvo el segundo premio en el Concurso Nacional de Cuento para Trabajadores, convocado por la Cooperativa de Trabajadores de las Empresas Públicas de Medellín.

Recientemente publicó su libro de relatos "Rumor de Río", y prepara otro titulado "Diez perfiles femeninos".

Actualmente es director de El Pequeño Periódico, publicación de la Fundación Arte y Ciencia de Medellín, de la cual se desempeña como Director Ejecutivo.

VIENEN ATROPELLANDO. Siento cómo empujan, pero no puedo hacer nada. Nadie puede hacer nada. Son inatajables. Al madurar brotan a raudales y el mundo se difracta en nuestros ojos. Así son de poderosas.

Cuarenta y tres ciudadanos aguardamos en el salón, pero nadie dice nada de ellas. Preferimos ignorarlas quizás porque cinco lustros trajinados han curtido nuestro carácter. Con ellas negamos y admitimos a pesar del mutismo vergonzante que nos envuelve.

Cumplimos una cita. Mientras Rodrigo llega nos saludamos en voz baja. Con pena. Refrenando la efusividad. De vez en cuando unos a otros nos preguntamos cómo nos va y opinamos cualquier cosa sobre las banderas que Luisa y Omar colocan en el muro. "Súbela un poco de este lado", dice un obrero del tren metropolitano y Luisa acomoda la bandera un poco más arriba. "Eso, así". Y el obrero descansa su vista en la bandera, abstraído en sus pensamientos. Ramiro, el delegado textilero, sugiere que la bandera roja quede a igual distancia tanto del retrato del maestro Shanshá como del de Simbirsk que, desde 1971, dominan el salón.

Juan Diego brega con el amplificador. Intenta conectarlo pero algo en el enchufe se lo impide. En un extremo del salón Elvia Marina monta una película en la cámara fotográfica. La miran atentas dos chicas estudiantes de la

universidad que propusieron un examen de Historia para poder venir. Las banderas han quedado listas en el muro y Omar ayuda a conectar los parlantes y Luisa dispone sobre el piso canastas de mimbre y vasijas de barro con margaritas, astromelias, rosas y lirios, formando un camino de honor que desemboca frente a la bandera central.

Casi no hablamos, Por eso se oye cuando Elvia Marina acciona el transportador de la cámara y cuando Juan Diego da golpecitos al micrófono para comprobar si ya está conectado. Aguardamos. Nadie siente todavía el atropelle. Debe ser porque aún no ha venido Rodrigo. ¿Cómo les habrá ido?

Aquí ya todo está listo... Han llegado más ciudadanos, viejos conocidos con los cuales hacía varios años no nos veíamos y extendemos las manos sobre todo para corroborarnos y sentirnos cercanos y presentes y vivos y de pie...

A lo lejos se oye una sirena. Muy débil, pero sé que es una sirena porque así suena la de la fábrica ensambladora. Se acerca muy despacio. Los tres mineros que conversan no la han percibido todavía. La inseguridad en los socavones de Amagá los preocupa. Por eso conversan. Creo que la sirena viene por Juanambú... Yo no recuerdo bien el semblante de Rodrigo por más que me esfuerzo. Luisa afirma que se descalzó hace diez años. Como quien dice ayer, antier... Lo que sea, pero para nosotros, ciudadanos que soñamos con un mundo nuevo, el tiempo que buscamos es para siempre... Al verlo tal vez lo recuerde. Cuando se marchó era un adolescente. Casi todos hemos empezado esta gran marcha en la adolescencia. Abandonó la universidad y la familia y la ciudad y la esquina del barrio Manrique y se marchó. Los que estamos aquí hemos dejado todo alguna vez. Conozco

a un amigo que ha dejado todo dos veces. Pacho afirma que hay cosas que jamás se deben dejar. Rodrigo cumplió veintiocho años el mes pasado y hubo rumba. Dicen que no se cambiaba por nadie bailando con Amanda. En sus ojos brillaba todo un cargamento de sueños. Debí ser el sol de Barrancabermeja. A todos se nos ve el ideal en los ojos. Quiero decir en el brillo. Su visita nos va inyectando más ánimos. Seguro... A eso viene, ¿no?. A eso se fue, mejor dicho. A crecer. Lo imagino con su bigote recortado y el cabello indomable. En la universidad y en el barrio siempre se le vió decente. Ahora lo vemos superior, revitalizado...

La sirena suena más cercana. ¿vendrán sus hermanas también?. ¿ Y sus padres?. Don Arturo hace seis años se jubiló en las Empresas Públicas de Medellín. Eso sí lo sé, desde la última marcha del Primero de Mayo.

Hoy es miércoles. El último de Octubre. El cielo ha estado gris desde por la mañana. Como triste. Al amanecer llovió.... Han empezado a sonar las bocinas de los carros acompañantes. Al oirlas una sensación de fuerza nos invade. Lo sé porque nos miramos unos a otros como si tuviéramos dibujada en el rostro la verdad del mundo. Y así es. Cada uno refleja una verdad.... Somos muchas verdades.

Llegaron. Están abajo, en la acera. Los puedo ver a través de la ventana. La sirena adelgaza el lamento para penetrar en nuestros oídos. Las bocinas, en cambio, suenan gruesas y agresivas y por eso decaen, lo mismo que el rugido de los carros.... Juan Diego dice que bajemos a recibir a Rodrigo. Sale él primero y luego vamos los demás. Ahora somos casi sesenta ciudadanos. El salón ha quedado vacío, pero el camino de flores y las banderas en el muro remplazan nuestra ansiedad. Bajamos la escalera en tumulto.

Los carros están engalanados con flores. Del alargado Cadillac brota la sirena que ha empezado a ceder el paso a la trompeta, cuyo toque va crescendo in crescendo, hasta adueñarse del aire. Me figuro muchos trotes legendarios al son de la diana: pueblos enteros cabalgan sobre el lomo de los siglos. Se me antoja que también los demás ven el rostro sudoroso y curtido de miles de hombres y mujeres que caminan en el aire con la mirada puesta en el sol. Se ven cansados, pero en sus ojos se refugia un brillo jubiloso.

-¡Rodrigo!... ¡Rodrigo!..." -empieza a gritar Elvia Marina y pronto la siguen las otras chicas y Omar y Juan Diego y el obrero del metro y Luisa y todos... Segura ya del coro, Elvia Marina se sube sobre la trompa de uno de los autos y dispara su cámara, una y otra vez. La calle se ha paralizado. Por las ventanas de los edificios se asoman las personas. El tráfico se ha detenido. El sol hace a un lado a las nubes y varios niños observan asombrados.

Queremos saludar a Rodrigo, pero es imposible hacerlo todos a la vez. Recuerdo cuando Pacho debió encaramarse sobre una caneca de carburo para hablarnos. Eso hace veintiún años. Lo esperamos después del conteo. Llegamos de a uno en uno a la casa de Rebeca obedeciendo un impulso interior. Sin cita previa. Aguardamos casi cuatro horas, porque queríamos saber como nos había ido. Aquella era la primera vez que votábamos y parecíamos niños ansiosos apeñuscados en la entrada, frente a la fuente. Entonces llegó Pacho, nuestro guía... Corrió el rumor de que allí estaba y, la mayoría, que no lo conocíamos, empezamos:

-¡Que hable!... ¡Que hable!..." -Se formó una sola voz de voces. Gladys estaba a mi lado y su cercanía consolidó mi alegría. Pacho debió subirse sobre aquella tarima improvisada para dar su parte de victoria. Lo recuerdo como si lo

estuviera viendo. Nos dijo que con aquella jornada inaugurábamos un nuevo atrevimiento y para él era un desafío porque estaba acostumbrado a administrar derrotas y no victorias como aquella. Lo curioso era que todos desdeñábamos los guarismos. Celebrábamos el hecho en sí mismo de haber irrumpido y lo demás era despreciable. Cuando terminó de hablar quisimos saludarlo, pero fue imposible hacerlo todos a la vez. Al bajarse de la caneca avanzó entre el gentío como un pez en un río. Igualito a como le está sucediendo ahora mismo a Rodrigo. Allá va, sobre los hombros de los ciudadanos que suben las escaleras, como pez río arriba, en un torrente que no baja de las cumbres sino que trepa hacia ellas, con Rodrigo erguido sobre la cresta.

Llegó de Barrancabermeja, donde los obreros esculcan la tierra en pos del oro negro y aran el cielo construyendo su paraíso. Hombres que conectan el fondo de los pozos con la inmensidad del cosmos... Pacho los llama, "La niña de mis ojos". La trompeta acompaña el ascenso hacia el salón...

Rodrigo es un poderoso imán. A todos nos atrae. Al entrar en el salón lo vemos en el puesto de honor rodeado de flores recién cortadas y con las banderas rojas guardándole la espalda. A lado y lado el comité. A una señal, la trompeta descarga su diana por todos los rincones soldando la comunión. Cuando termina brotan gritos de salutación. Parecemos cristianos modernos reunidos en catacumbas de cemento repitiendo el capítulo antiguo de la humanidad.

Por más que me esfuerzo el Rodrigo de ayer se me aparece borroso. En cambio enciende vida a otras imágenes.... Se descalzó joven.... Se metió entre el barro antes de tener la cédula. Sí, él sí tomó en serio eso de que descalzarse es comportarse como un sabio porque, aún con la certeza de

estar en el buen camino, nunca dejó de estudiar y llevar una vida sencilla, como un auténtico aprendiz.

Lo imagino encabezando la campaña del Club de la Comuna para construcción del coliseo deportivo. Luchó como un bendito y a su lado siempre la familia. Así como ahora, tanto la de sangre como la de ideas. Banderas y flores semejan un altar, y no cualquier altar, quizás porque esa es la forma más añeja que conoce la humanidad.

Un Cristo plateado contrasta con la bandera roja sobre el muro.

Juan Diego encendió el amplificador. Ahora el ambiente es suyo y lanza un grito de batalla para empezar y todos respondemos. Es el inicio de la reunión. Rodrigo se la merece. Aunque partirá hoy mismo sabemos que mucho de él quedará aquí, en su Medellín natal. De alguna manera nos ha dado a entender que todo ha valido la pena: los rigores de descalzarse, lo despiadado del clima, el alborozo de las garzas sobre el río y la soledad inicial, como de desarraigo. Su viaje a las profundidades de Barrancabermeja ha sido un trueque para aumentar la vida. Debe estar feliz. Lo digo por la serenidad que se le ve. De aquí saldrá a cumplir su cita más trascendental: con la naturaleza. A donde vamos todos. Tanto los que han compartido el alma, es decir los sueños y zozobras, como también los miserables que no han cedido a nada.

¡Lástima! Echamos de menos la música de Pottier, ese poema que al entonarlo nos hace inmortales. Hace tiempo no lo cantamos... Todas las sillas están ocupadas. Mujeres la mayoría, porque los hombres permanecemos de pie. Casi todas bajaron desde Manrique, con Rodrigo.

Elvia Marina no da tregua a la cámara. Quiere retratarlo todo. Recorre los semblantes y cree descubrir en aquellas mujeres la idea de que no están acostumbradas a este recogimiento, pero que sí lo aprueban. Las ve absortas oyendo al delegado de Bogotá. -" Habla muy bonito"- dice una ciudadana de cabellos plateados que no levanta el puño como lo hacemos nosotros... Y flash!, la fotografía. Dan ganas de ir a saludar a Rodrigo, pero el parece mirarnos desde otra galaxia. Luisa no ha soportado más y ha largado un grito y uno más y los demás contestamos y Juan Diego unifica el ramillete de gargantas con el micrófono. ¿Por qué gritamos así?.

El único que mantiene la calma es Rodrigo. Su infinito aplomo acrecienta nuestro respeto y eso parece saberlo él mismo. Vino con Gustavo, el secretario general de la unión, quien nos agradece la reunión. Se le ve la fatiga del camino pegada en el rostro, pero su voz es de pura fuerza interior.

-"El que ofendió a Rodrigo, ofendió a todos los obreros petroleros". -Sin levantar la voz nos infunde un mundo de fuerza -"... y aquel que le tendió la mano, se la tendió también a todos los obreros de la tierra".

Y dirigiéndose a Rodrigo: "Gracias hermano por todas tus enseñanzas". Una tolvanera de aplausos cunde por el salón. Creo, por un instante, que Rodrigo dirá algo. Pero permanece callado y quieto, con la pereza de quien se siente invencible.

El último en hablar es el jefe del comité. Seis ventiladores giran incansables y monótonos desparramando el aire sobre la cabeza del gentío. Elvia Marina toma fotografías trepada sobre una silla. Una niña vestida de azul la mira con curiosidad picada por el destello del flash. Muy cerca está Amanda con su cabellera abundosa y limpia. En su rostro

se adivina la frescura de los veinte años a pesar de sus ojos enrojecidos. Lleva un vestido rojo que embellece su embarazo. Se enjuaga la frente con un pañuelo. No se ve abatida, sino que anima a la madre de Rodrigo que está sentada a su derecha. Juan Diego anuncia al jefe del comité por el parlante.

- "Fue su maestro" - , me comenta Luisa. ¿Cómo se sentirá Rodrigo al ver que su maestro le va a dirigir unas palabras?. Detrás de sus lentes, el jefe del comité mira al invitado de honor. Le dice que ahora el maestro es él, Rodrigo, porque su presencia representa un vivo ejemplo, " no solo para los que estamos en este salón, sino para todos los ciudadanos colombianos". Hay sentimiento en su tono y un nudo agudo se va formando en mi garganta. "¡Tus enseñanzas son inmortales, Rodrigo!", le habla con voz tremolante. " Eternas como el dolor y la fuerza que hoy nos legas... y permanecerás en nuestros corazones por siempre, suceda lo que suceda en el mundo...".

La piel se me ha puesto arrozada y creo que a Luisa también y a Elvia Marina y a Omar... De nuevo presiento el deseo colectivo de avalanzarnos sobre Rodrigo para estrechar sus manos. No importa que el comité esté a su lado protegiéndolo. Si queremos, pasamos por encima.

Falta el poema musical de Pottier. En su remplazo el estudiante de Manrique empuja de nuevo su aire por la boquilla de la trompeta. Todo se sacude y don Arturo mantiene su brazo izquierdo apuntando hacia el cielo durante el toque. Amanda se ha puesto de pie, digna la cabeza, con las dos manos cruzadas descansando sobre su abultado regazo. Los ojos le brillan como dos estanques ha punto de rebosarse. Y el flash refulge.

Nos disponemos a salir pero don Arturo dice que quiere hablar un minuto ya que su hijo no ha pronunciado palabra alguna. "No por irrespeto y mucho menos por desdén... Usted siempre fue muy inquieto, mijo, y por eso todos lo respetamos...". Don Arturo arrastra la lengua porque la saliva le pesa. "Siempre he estado orgulloso de usted, mijo, siempre. Su mamá se ha puesto nerviosa pera ya se le pasará. Deje y verá. Yo hablaré con ella luego. Lo único que me duele, mijo, es que haya llegado así, sin avisar. No es por nada, solo para estar preparados. Amanda también ha estado preocupada pero la veo firme, sosteniendo el bebé que dentro de dos meses llorará... ¿Por qué vino así, por sorpresa?. ¿No ve que no podemos atenderlo como se lo merece?. Mire todos los ciudadanos que vinieron a saludarlo... Nos faltó sacar un ratico para charlar, mijo... Para que me contara como va eso de la unión petrolera. Hemos oído que por allá esta la cosa muy fregada... Hay gente, mijo, que... Usted sabe. Pero hay que permanecer fiel a la civilización. Acuérdesse que lo educamos para ella, no para la brutalidad...". Y le dice que siga defendiendo a la empresa, mejor dicho a la producción petrolera, "porque los tiburones acechan, mijo, y son capaces de cualquier cosa... Seguimos fieles al país y no cargamos ni un alfiler. Hemos aprendido a defendernos con la razón y seo asusta a los violentos... Estoy orgulloso de usted, mijo. No sabe cuanto... Vamos pa' lante...".

Ahora sí empiezo a sentir que atropellan desde muy adentro, desde más abajo de la garganta y acuden sin saludar, desgranándose. Es un escozor ligero que trepa como un volcán de agua. Aún mañana, en el recuerdo, no podré controlarlas... Lo sé.

Amanda vino con su propio respeto, bella en el extraño dolor, enfundada en el vestido rojo. "La procesión va por

dentro", comenta la mujer de cabellos plateados. Al vestirse así, Amanda cumple con la voluntad expresa de su esposo: "Cuando llegue mi hora deberás vestirme de rojo, pero de rojo fiesta", le dijo Rodrigo en sus intimidades, seguramente. "Y ponerte bella, porque así yo me podré marchar orgulloso"... Con aquel recuerdo se le puede atragantar el chubasco, pero ella sabe sacar ánimos de la nueva semilla que se anuncia en su vientre y muerde en silencio el pesar de la partida. Se ha puesto ese vestido como si fuese para una fiesta y se ha rociado unas gotas de perfume que Rodrigo le regaló en el último cumpleaños. Los zapatos de tacón porque, "con ellos caminas como una reina"... Así ha sido él. Solo ojos y desvelos por Amanda. Y ella no se le queda atrás: "Esta es su voluntad -parece gritarnos- y su voluntad es mi alegría". Creo que Amanda es más valiente que todos nosotros.

Por fin hacemos fila para saludarlo. Todos le dicen algo y él escucha sin inmutarse. Tiene un retazo de paño púrpura en la nuca, tapándole los tres agujeros por donde entro la ofensa. A mi turno no le digo nada. Solamente lo miro. En su rostro le veo el mapa de una epopeya. Casi seis lustros de vitalidad arrancada. En su frente pálida veo las diez de la noche, la llave en la mano adivinando la cerradura en la penumbra. El viento fresco del Gran Río sopla sobre sus espaldas. El mismo viento que lame los penachos de fuego de los pozos. Una sombra maldita lo espera escondida entre otras sombras. La sesión de la unión petrolera en la refinería se demoró más de la cuenta. Aumenta el trabajo todos los días y un buen secretario de la unión no debe aplazar tareas. A pesar de los orificios veo a Rodrigo impávido. El ardor debió ser puntudo. Casi como un alfiler al rojo vivo. Luego el estampido. Y otro y otro más... Quizás no pudo ver nada, solo la puerta de su casa que se movía aparatosamente y la cerradura que giraba como un tirabuzón de pólvora. Después, todo fluiría como un chorro de un pozo recién abierto y él

debió ver ondeando las banderas rojas en las marchas obreras... , supongo.

Llegó la hora. Rodrigo debe emprender el viaje a las cuatro en punto. Don Arturo levanta el vidrio y acaricia la ceñuda frente de su hijo. Vienen atropellando inclementes. Ahora sí las siento subir hacia los ojos. Las mantengo a raya todavía, pero no sé hasta cuando. Con delicadeza retiran a don Arturo de la diminuta ventana. Los puños del jubilado se crispan pero mantiene la serenidad en las venas. Los del comité levantan el ataúd. Suena la trompeta de nuevo, con su jadeo entristecido reclamándole al cielo... Cuánta falta hace el poema de Pottier!...

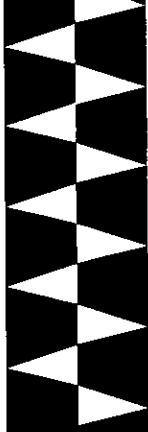
Salimos detrás de Rodrigo que va cubierto por la bandera roja. Se aleja a pesar de la cercanía: mezcla confusa de abismos y alturas. Los ramos de flores adornan las capotas de los carros. Las astromelias van en la trompa de un bus... Trompeta... , Sirena.... , trompeta - sirena...., sirena.... En el salón sólo ha quedado el reguero de pétalos.

Las lluvias saladas anuncian su desborde. Siento como empujan, pero no puedo ver nada. Nadie puede hacer nada. Son inatajables. Impotente para detenerlas me desprendo del gentío, tratando de distraerlas a ver si las derroto... Pero es imposible. Empujan con fuerza ascendente. Cada vez más húmedas. Camino por la calle Perú... Me alejo para que ni Rodrigo ni los demás ciudadanos me vean así. Es miedo a mostrarme anegado. ¿Así estarán los demás? ... Me dirijo hacia la calle Carabobo, huyendo de mi propia intimidad. Como si al alejarme domeñase las lágrimas. Pero es imposible y el caudal acude y el mundo se difracta en mis ojos.

Oscar viene en dirección contraria y me saluda. Llega retrasado porque su turno en la fábrica terminó a las tres. Me pregunta por Rodrigo. Al mirarme a los ojos guarda silencio...

-“Estamos tristes” -tartajeo, y él estrecha mi mano pero sigue su camino con paso apresurado porque necesita alcanzar a Rodrigo para despedirse.

El sol, aunque débil, continúa en el cielo resistiéndose a ser opacado por un sucio manchón de nubes grises.



**WELCOME TO
MOTHERS WORLD**

Por
Jaime García Pulido

Jaime García Pulido

Nació en Santafé de Bogotá.

Es Economista de la universidad Piloto, Administrador General del Colegio Nuevo Reino de Granada y realizó estudios de postgrado en Administración de Negocios en Memphis State University

Ganador de concursos nacionales de narrativa y poesía. Semifinalista del premio Juan Rulfo, París, Francia, 1993. Ha publicado el libro de poemas "Al Margen" en 1986 y el ensayo "Silvia Plath o la vocación suicidio" en 1994.

... **b**orracha de ginebra y gotas amargas y vaya una a saber y sombreada -poseída- socavada por el desnudo joven de lacios cabellos de oro pálido ella sintió la cabeza inmersa en un carrusel de voces y voces en fuga y retorno y desvarío: el viejo cuento de cuentas de camándula que de niña le inyectaran en sobredosis mamá y las paleolíticas tías acerca de la cruel malicia de los chicos de barrio pasada cierta edad ciertos juegos y la botella sola de coca-cola girando girando en el espléndido rumbo de los besos teledirigidos válgame dios y que decir de los excitados sexitantes comentarios en voz baja y risitas de las compañeras de curso más lanzadas narrando con lunas lunares pulgares pulgadas miya las experiencias de función de estreno de allí en algún motelito de altas cabañas de bambú sombreando la entrada tapizada de rojo del pasillo de los espejos de las habitaciones repetidas (como en un cuento de un viejito ciego argentino de cuyo nombre no resulta fácil acordarse) o en últimas quizá en el hotel prado-humedo del jardín del zumbido de las abejas en verano que oso que miedo luego de los drinks de un viernes de rumba y despeluque o en el mejor de los caos posibles ya sin apremios ni aceleres miya sin vestido de calle en el bolso para ocultar luego los cuadritos delatadores del uniforme del loquegio: bien podría ser en un apartamento prestado cómo no media-luz full-music botellita de daiquirí caja de preservativos porque nunca sabe quien le baja los cucos y de golpe un gatito de ojos color gris-desamparo bostezando el muy curioso de lomo a la chimenea de leños

encendidos o ya brujilda en la peor de las calenturas de las mojadas posibles echar a pelear con el cierre de la mini al ritmo de las luces de parqueo de un volkswagen-escarabajo sin radio ni calefacción por ahí a la sombra de los urapanes del camino en la curva más insospechada de la autopista vaya complique mijá: voces te digo voces y voces una sobre otra como si yo anduviera mal sintonizada con el ritmo de la noche y sus criaturas guácala-guácala brujis: no podía faltar no podía estar fuera de fuego la cháchara sí la carreta sí el blablablá babeante de la profe miope de comportamiento y salud mostrando con pelos y señales y voz entrecortada de manos arriba y calzones abajo jijijí el órgano reproductor masculino con una varita metálica extensible sobre la ilustración plastificada en full-color y de idéntico tamaño al mapa locombia que podría ser visto claramente (con departamentos cuencas hidrográficas nudos de montañas y sin paramilitares guerrilleros candidatos a la presidencia ni coches-bomba estallando frente a supermercados en pleno día de quincena) desde la última fila del salón de octavo A del loquegio de las monjas-esclavas-de-nuestra-señora-de-la-circuncisión jejeje y hasta recordó borracha mientras era violada trocitos de películas de clasificación X por lo general de origen nórdico eso si mijita lindas pilladas pilladísimas a escondidas en medio de una arrechera sí unas ganas que ni te cuento querida por lo general en videocassettes de alquiler a domicilio tu ya sabes por lo genital con desenlaces que una espera nena en fin nada lejos de una capa de ozono del planeta tierra salvo por unos cuantos acrobáticos-zurumbáticos-enreversados giros-voltearetas-morisquetas y sinónimo que se te ocurra muy a propósito de el-la-los-las en fin digamos parejas o sino del hombrecito paracaídista de la cama siempre hábil para resolver al televidente problemas de trigonometría desde cualquier ángulo menor o igual a 360º y senos superiores a la medida aritmética por decir algo soila-vaca-de-la-cuadra o talla escultura-de-fernando-botero

ah jajajá el muy biscocho pero al fin y al cabo un nudo ciego la trama de trauma tu bien sabes hilda brujilda: gritos gemidos claustrofobia de pulpo gargantas muy profundas caninos muy caníbales tres días con sus noches de barba de macho rodando con aceite perfumado en las concavidades de la piel sí de la piel de las mujeres ojiazules: del mismo modo que el sudor de ella en su propia piel cuando despertaba llorando sí llorando a moco tendido y aún con el espejismo del fuego en la mirada luego de aquellas extrañas pesadillas eróticas que hacía meses le aguaban la tanguita de fibra satinada en el rumbo del pubis acariciado sin sosiego por el dorso de la mano experta mientras soñaba con aquellos rostros de barba de legionario y piel color cera-de-abejas papitos las nervudas manos desembocando en pechos de espumosa grama oscura y circuída de lanzas y adargas y elaborados tatuajes de ultramar los muy bizcochos: ella sin saber odalisca o vestal fallida o princesa dispuesta en medio de aquel fervor de rito pagano en medio de los estertores del fuego animal herido resquebrajando los dientes en cúpulas sagradas frontispicios columnas de mármol sin ventura: ella en medio de aquellos machos cabríos que rasgaban casi con furia las vestiduras de piel sin curtir y preparaban la rígida extensión del miembro y se mordían los labios hasta hacerlos sangrar a la espera de turno para sombrear los labios deshojados de ella: lívida maniatada sin rabia permitiendo hacer a los orates que en un momento le inyectaban las pasiones atrasadas de guerras sin redención mordiendo y a su vez indagando-penetrando para saborear la saliva de la hembra sumisa en la contemplación de la luna redonda y gris de humo del holocausto y a la postre desmayada entre espasmos de placer perverso a la sombra de los salvajes que lamían sus más oscuras esencias en el cuenco de la ingle quien lo creería en las raíces mismas del vello púbico de la hembra en apogeo quien te lo creería

hermana: sobre la losa de los sacrificios quien digo yo quien sabe qué aburrida superproducción de la metro-no-se-qué-meyer indigestada oh mijita linda: ella veía en el cerco del fuego en esplendor de río crecido ella veía el cerco del fuego en espiral de oprobio ella veía el cerco del fuego ella veía no podía menos que ver la estela de humo rebelde brotando incidiosa entre gemidos clamores ahogados barbas-pestañas-pielles rodando borbotando igual que plasma igual que cera de abejas igual que esperma tibia rodando pegajosa borbotando en esplendor de río crecido sólo un segundo menos de un segundo apenas ingravido sobre su piel sus ojos su extenso grito ahogado de manos desmadejadas que se aferraban a ella: última posibilidad o rincón para evadir el inevitable naufragio de cera sólida en el fuego desatado manos que se curvaban con la premura de la desesperanza y hundían aquellas uñas dedos falsas coyunturas goteando impunes allí sobre la piel amordazada hombres-cadáveres prematuros empapados de labios-dientes-ausencia ráfagas implacables de brisa de caldera de barco rostros de cuencas vacías de perfiles mutilados profundos unos con otros en la aglomeración del pánico sin bridas del fuego apretando su círculo de muerte y desolación bajo el horizonte calmoso de la luna breve de los eclipses de ilusión en la tiniebla de la parafina gaseosa: ella no podía menos que gritar no pudo no alcanzó jamás a gritar sofocada como estaba por la gruesa telaraña de aquella lúcida inconciencia del sueño repetido mientras la caricia de la mano en la tanguita diminuta como si el hecho de soñar del simplemente soñando en gerundio fuese tan real como para prolongarse más allá de lo que fácil podía apreciar en el sopor de los sentidos como si el hecho de morir calcinada en el sueño finalmente le concediera el pasaporte para cada vez regresar intacta en el preciso momento de la inesperada humedad brotando entre los muslos ateridos en las breves contracciones abismales del

orgasmo provocado en aquella o por virtud de aquella otra inconciencia del fin del holocausto donde no había siquiera posibilidad para el asombro menos aún para las imágenes coloreadas de realidad apenas el dedo índice la mano sonámbula recreando lujurias contenidas en el ir y venir con aplomo sobre el triángulo de vello ensortijado velado a medias por la fibra de satín de la tanguita de olor a piña-del-caribe confundida con hálitos marinos en el momento de despertar ella aguijoneaba por las sensaciones imprecisas-opuestas del orgasmo colmado y el llanto nervioso: llorando sí llorando a moco tendido brujita: sin saber cómo cuándo dónde por qué mijita linda y borracha sí borracha de gin-tonic y sombreada por aquel cuerpo desnudo de cabellos de oro pálido entonces a la luz azulina del cuarto de motel goteó entre los muslos tercamente cerrados de la muchacha la esperma codiciosa del mismo modo que sobre la piedra de los sacrificios el último vestigio de los guerreros ya consumidos por el fruto de sus hostilidades repetidas en el sueño en tanto que la segunda vez algo entrada la noche ella se advirtió maniatada o drogada o trabada vaya a saber querida no por los dos o ene vasos de gin-tonic invitados por el muchacho al comienzo del juego sino por algo más de pronto el cigarrillo mentolado encendido como quien no quiere la cosa al momento de acercarse muy-muy y muá-muá el muy bizcocho: a) piel hoja-de-tabaco b) modales descuidados de protagonista de película de época de vacaciones c) full-jacket negra de cuero de becerro d) jean bota-tubo e) lustrosas texanas y f) un cristo de oro balanceándose con rítmica frívola sensualidad ay-ay-ay sobre los vellos del pecho en medio del juego de luces y la batería acústica y Madonna Louise Verónica Ciccone: la segunda vez no opuso la más leve resistencia y advirtió más allá de la borrosa frontera entre la inconciencia y la lucidez natural la vibración líquida y fogosa del macho ardiente y

colmado y a la postre las ondulaciones de oruga reseda ensueño del pene antes erguido antes hundiéndose como un furioso puñal en aquel lugar tan suyo a la vez tan lejano y mítico allí donde a cada lancetazo de dolor sucumbía extrañamente en un placer de chapoteo en el oleaje de la isla de bonaire a las cinco y media de una tarde nutrida de gaviotas: ella se sorprendió en el espejo enorme junto a la cama recibiendo casi con ternura las embestidas del muchacho de hacía unas horas en la miniteca de los noviazgos de ocasión y las luces pálidas invitando a un baile ceñido por sobresaltos de deseos agudos-encontrados perlado él en el sudor los cabellos de bronce las finas manos de billarista en el desorden de la agonía: ella se quedó mirando a fondo sin miedo ni rabia pensando en alguien que se hunde en aguas de malos presagios y aún le restan los segundos de vida suficientes para adiestrar el animal feroz que asciende por las venas inflamadas por el hilo del aire roto en los escalones ciegos de los pulmones ateridos hasta impregnar la saliva de una espuma que siguió brotando tiempo después que él termino de agitar su espigada sombra desnuda del mismo que siguió brotando el sudor con empeño de lluvia obligándola a pensar sin saber a ciencia cierta porqué en la humedad de un vagabundo a la madrugada en una banca verde oliva de un parque desolado: ella en el espejo de azulina luz de acuario ya sin miedo ni rabia secando sus lágrimas con las yemas de los dedos de uñas pintadas de arena-dorada hasta la piel color hoja-de-tabaco se dejó caer sin ruido del otro lado del cristal de azogue del espejo: ella pudo inclinarse al fin y mirar el plasma transparente dibujando un jeroglífico milenario sobre sus dóciles-desmayados-rezumantes muslos ahora (justo ahora) rígidos-erizados-temblosos monstruosamente abiertos para facilitar el acople de los tobillos en los estribos de metal cromado que un hombre da bata blanca cierra a

manera de tenazas o esposas en los flancos de la camilla: sin tiempo ahora ella tumbada desnuda de la cintura hacía abajo en la dimensión lunar de la sábana: ella con la mirada escondida bajo las palmas de uñas despintadas: sin tiempo de recordar aquel nombre al menos para maldecirlo porque al día siguiente culpablemente lo olvidó así como el bronceado rostro de algún modo familiar en la vaga perspectiva de los días a los rostros de los salvajes de sus pesadillas idénticas y además recuerde la mirada en rayos X de las monjas cuando las chicas pasaban al tablero y así la obligación de llevar el delantal de lino más suelto de lo normal y las últimas semanas una de aquellas malditas fajas para esconder complejos de dama-entrada-en-carnes y aún días o semanas antes del alfiletazo de pena o de las inyecciones de synovular y las horribles-horribles-horribles infusiones de caléndula y perejíl crespo y aún antes la mañana o la tarde sin consuelo en que observando el calendario tuvo la certeza de la sangre menstrual de sus catorce años de niña-bien ausente de ir y de venir de la luna por la ventana y fue entonces cuando por teléfono su mejor amiga luego de jurarle y rejujarle mijita guardar el secreto aunque te amenacen aunque te digan aunque te maldigan le sugirió la solución de moda queridita princesita de diamante: nada del otro mundo casi como un diente de leche pero con anestesia y camilla: luego vas derecho al gimnasio y en nada-kini te pones en la cámara bronceadora para que te crean el cuento de cuerpo entero en casa en fin nada del otro mundo mami: simplemente un paseo de morral walk-man trucha incendiada y psicópatas en el agua: nononó mami: no muy lejos de la sabana de Bogotá: una y mil veces sí casa de campo ni más faltaba: sisí gente linda de bien de confianza okey mami regreso juiciosa el domingo en la noche prometido sí: don't worry/be happy un saludo a todo el personal y después querida rubor en los cachetes lipstick en la getica perfume detracito de la oreja y full

sonrisita close-up: bye-bye-bye final de la película o
arriberderchi roma: o si no me creés cogé y echalé un vistazo
a los clasificados de los diarios: si una sabe de fetos
ahogados en la corriente frágil del inodoro si una sabe de
fetos en papel de estaño camino de las bolsas de desperdicios
una sabe de fetos hechos plasma sangre y linfa coágulos de
sangre y linfa por virtud de seguros novedosos-prácticos-
eficaces metodos anunciados mija sólo unas páginas después
del asesinato del robo en fin de la película taquillera: el fácil
conjuro que días después de retirar el dinero de su cuenta
de ahorros y las joyas queridas de la primera comunión en
ella se empieza a oficiar: algo helado le asalta entre los
muslos llevándola a despertar del falso sueño a mirar de
frente la luz de vértigo estrellándose impúdica en su intimidad
ahora que como un mal presagio se esparce en el recinto de
blancas baldosas el olor a cloroformo y de este lado de la luz
aguda una voz de una mujer le pide que respire profundo
señorita es sólo cuestión de unos minutos le dice con
frialdad contenida por desventura usted ha dejado mucho
tiempo en fin me sabrá entender y pronuncia una advertencia
pero aún así la muchacha clava las uñas en la mano
enguantada de la mujer al sentir que allá abajo algo parece
desgarrarse y vociferar en oscuros vasos capilares tras el
aguijonazo recóndito del instrumento ciega resbalosa
tarántula pringada en ácido caústico ya sin posibilidad de
recordar la súbita sensación de pesadez luego de los traguitos
iniciales con pitillera y una cereza bailoteando en el fondo
y las almibaradas palabras del churro del nublado trayecto
hacia el motel escondida en una curva de la autopista y allí
la extensa y roja alfombra de linóleo impecable a lo largo del
pasillo de las habitaciones repetidas a lado y lado como en
un vulgar juego de espejos de circo de provincia mija: sin
tiempo ahora porque vuelve intacto el sueño de oprobio el
sueño a vendar sus ojos con la gruesa telaraña de la

inconciencia en el momento en el que ella se inclina para mirar la sangre-la sangre-la sangre chispetando como un surtidor impune sobre la tela de género sin que ahora logre entender ella juntando las piezas sueltas del rompecabezas del desvarío por qué no salen los gritos de su garganta desbocada por qué se calcina toda ella entre ataduras y espirales de incienso y áloes y denso humo azul de hombres-color-cera-de-abejas anocheciendo su reino de mármol sin ventura por qué a la mañana siguiente de la noche de pesadilla la cuenta no saldada según el llamado de recepción y por qué despertar a solas y sin otro consuelo que ir descifrando aquella frase de bienvenida escrita en inglés a lo largo del espejo con su lápiz labial antes de echar a correr desnuda con el pelo suelto a estrellar el tacón-puntilla de su botín de piel de ante contra el cristal azogado gritando: puta puta puta puta puta: mostrándose los dientes....